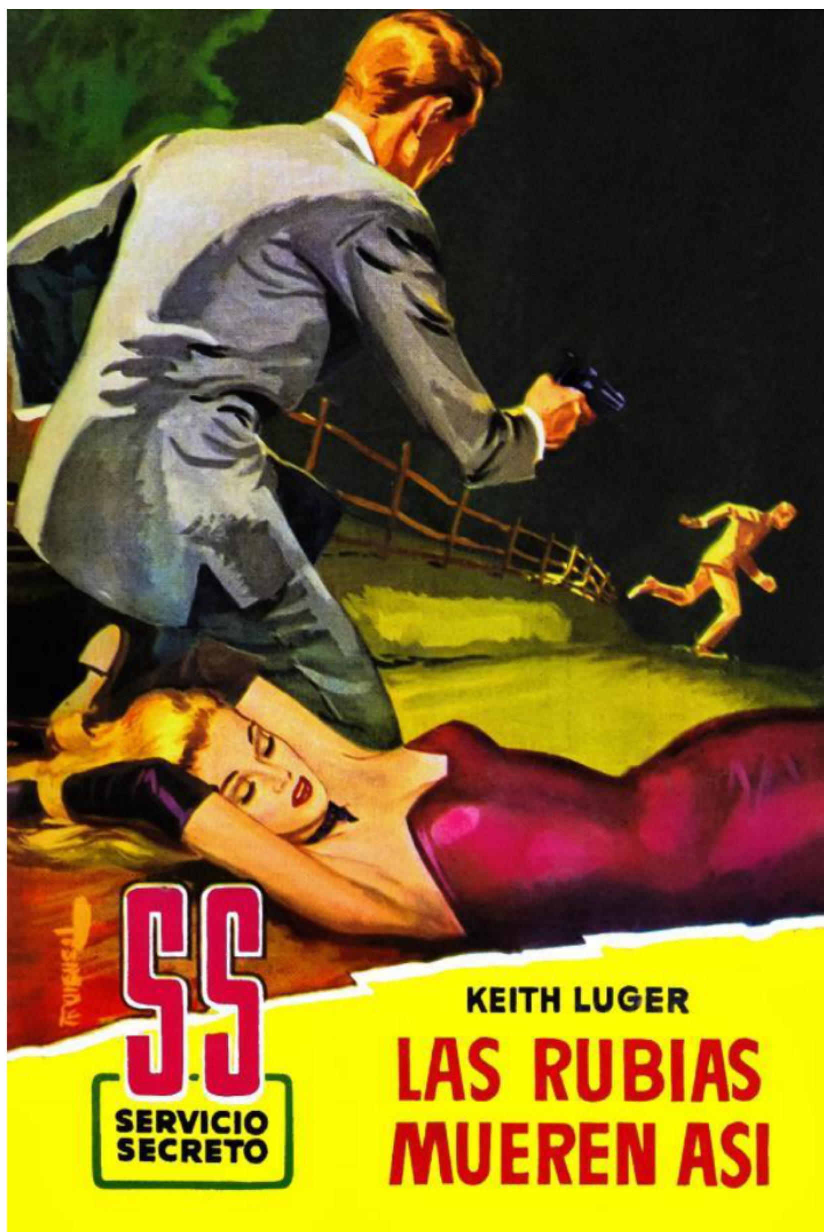

S.S
SERVICIO
SECRETO
KEITH LUGER
LAS RUBIAS
MUEREN ASI

# LAS RUBIAS MUEREN ASÍ

KEITH LUGER

# LAS RUBIAS MUEREN ASI

1ª EDICIÓN
FEBRERO – 1956




EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

385 — El valle de las víboras. 413 — Un hombre llamado muerte.

En Colección BUFALO:

94 — El heredero. 97 — Una herencia difícil.

En Colección SERVICIO SECRETO:

231 — La ciudad perversa. 248 — Trabajo peligroso.

En Colección PANTERA:

29 — La ley de los fuertes. 42 — La muerte oculta.

En Colección CONGO:

2. — Reguero de sangre. 7. — Trágico botín. 10. — Revuelta en el Sudán.

**CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL**



**APTA PARA TODOS**

PRINTED IN SPAIN



Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona

# "LAS RUBIAS MUEREN ASÍ"

POR KEITH LUGER

Muchos amigos me han pedido les dedique alguna de mis obras. No soy partidario de ello, pero, puestos a hacerlo, creo he de tener en cuenta, en primer lugar, a aquellas personas a quienes debo algún favor. De modo que, ahí va.

Dedico esta novela, «Las rubias mueren así», a las siguientes personas:

A James Templeton Smith, soldado de Infantería de Marina de los Estados Unidos, que en un bar de
Hong-Kong,
con la sola fuerza de sus puños, en una lucha épica, desencajó seis maxilares pertenecientes c, otros tantos marineros para que yo pudiera escapar por una ventana con Susan, el amor de mi vida.

A Clarence Kelley Douglas, que, como socio mío en la empresa «Juegos morales para un hogar feliz», aportó tres mil dólares que yo invertí por equivocación en un abrigo y otros objetos para Carolina, nuestra secretaria.

A John Tuppox Sheridan, más conocido en ciertos círculos, por «El Largo», que, con una paciencia sin límites, me enseñó los secretos de los naipes y otras muchas cosas instructivas, entre las que destacan: «Cómo vender el puente de Brooklyn a un particular», «Diversos métodos de ganar dinero utilizando solo la cabeza» y «Formas de salir de un recinto barrado».

A todos ellos, con mi cordial agradecimiento.

Keith Luger

## CAPÍTULO PRIMERO

Gary Maughan, de veintiocho años de edad, uno setenta y tres de talla, fornido, de anchos hombros, pecho atlético, rostro de rasgos duros, respirando energía y virilidad por todos los poros, entró a grandes zancadas en el bar que el F. B. I. destinaba a sus funcionarios en el Departamento Central de Washington.

Cinco hombres ocupaban otros tantos taburetes de los que había ante la barra. Casualmente uno de ellos giró la cabeza y al instante su cara reflejó una gran sorpresa.

—¡Que me maten, muchachos, si ese tipo no es Gary Maughan!

Las cabezas de los otros cuatro se volvieron al propio tiempo, como impulsadas por un mismo resorte.

—¡El héroe de la promoción! —chilló un pelirrojo de nariz chata.

—¡Ya podemos esconder nuestras novias, amigos! —Gruñó un cejijunto de boca descomunal.

Gary continuó andando hacia ellos con la sonrisa en los labios.

Los cinco saltaron de los asientos queriendo cada uno ser el primero en abrazar o estrechar la mano del que llegaba. Cinco exclamaciones se sucedieron como ráfagas de ametralladora.

—¿Cómo está París, Gary?

—¿Viste a la chica de Roma que te recomendé?

—¡Al infierno! ¡Dejad que me explique lo que pasó en Ginebra!

—¡No pudo enterarse de nada, estúpido!… ¡Fue para proteger a Eisenhower!

—¡Y un cuerno! Ike se vino y Gary se quedó…

Maughan se las deseaba para terminar con los apretones y el acoso de sus camaradas.

—¡Ya está bien, chicos!… Habrá respuestas para todos… Os

prometo que me quedaré hasta satisfacer vuestra curiosidad.

Los ánimos se fueron calmando.

—¿No es costumbre que el que llega invite a los que encuentra en el bar? —sugirió el pelirrojo, mirando a sus colegas.

Un rugido de asentimiento dejó a Gary sin voto en la cuestión, por lo que hizo un gesto al barman para que preparase seis vasos de *whisky*.

Durante los quince minutos siguientes, mientras bebían a pequeñas dosis, Maughan fue contestando a cuantas preguntas le hicieron. Sólo uno del quinteto, de labios gruesos y mentón partido, no había querido saber nada.

—Te llegó el turno, Joyce —le dijo Gary—. ¿Qué es lo tuyo?

Joyce se encogió de hombros.

De pronto, Gary se dio cuenta de que el jolgorio acababa tan bruscamente como se había iniciado y de que los ojos de sus compañeros habían resbalado inopinadamente en dirección a la entrada, retirándolos de inmediato.

Él también se volvió, descubriendo a Harry Wells, otro de los de su promoción, que se había detenido junto a la puerta. Harry frisaba en los treinta años y era rechoncho y carirredondo. Gary le salió al encuentro siempre jovial.

—¿Cómo estás, Harry?... Sigues engordando, ¿eh? La buena vida y los pasteles de manzana de mamá Dolores... ¿Sabes que tengo ganas de hincarles el diente?

Harry sonrió con cierta prevención estrechando la mano de Maughan.

—Hola, Gary. Celebro que estés de vuelta.

—¡Eso es lo que estamos haciendo! ¡Celebrándolo! ¡Ven a participar en la orgía!

Maughan giró hacia la barra cogiendo a Wells por el brazo y lo que vio lo dejó perplejo. Joyce y los otros cuatro se habían vuelto a subir en los taburetes y estaban de espaldas, sumidos en un profundo silencio.

Empezó a fruncir el ceño, sin comprender lo que pasaba, y en eso dijo Harry:

—El caso es que tengo que terminar un trabajo urgente, Gary. Agradezco de todas formas tu invitación Ya nos veremos.

Retiróse tan rápidamente que, cuando Maughan fue a

reaccionar, él ya había salido del bar.

Gary, tras unos segundos de inmovilidad, acercóse despaciosamente a la barra.

Los otros cuatro rostros se mostraron tan alegres como el de Joyce, reanudando el buen humor que la entrada de Wells había interrumpido.

—Dejad eso —retrucó Maughan, con voz fría—. ¿Qué es lo que pasa?

Sus ojos descubrieron cinco máscaras súbitamente inexpresivas. Transcurrió un minuto.

—¡Quiero saberlo! —exclamó—. ¿No me nombrasteis Jefe moral de la promoción? ¿O preferís a otro?

Joyce tragó saliva y, tras mirar de soslayo a los que tenía al lado, se enfrentó con Maughan.

—Hace una semana mataron a Chips Riordan en Nueva York.

—¿Chips… Riordan? —repitió Gary, como si no pudiese admitir lo que le decían.

—Le vaciaron todo un peine en el estómago. Estaba vigilando una casa en donde se refugiaban unos falsificadores de moneda.

Los músculos faciales de Gary se atirantaron.

—¿Los cogisteis?

—Sí. A las pocas horas cayeron en nuestras manos.

—¿Qué tiene que ver Harry en todo eso?

—Riordan murió a las ocho, en su puesto, cuando los falsificadores se iban a dar a la fuga. Dio el alto al que iba al mando de la banda y le contestó con plomo… Harry Wells debía haber relevado a Riordan a las siete…

—¿Por qué no lo hizo?

—Él ha dicho que cuando se dirigía a relevar a Chips sintió un gran dolor en el riñón. Un cólico nefrítico. Se metió en la clínica de un doctor y éste le inyectó morfina. Se quedó dormido y no despertó hasta las doce de la noche. Telefoneó al Departamento y allí le informaron de lo ocurrido…

—¿Es que dudáis de la palabra de Wells?

—No dudamos, Gary. Estamos seguros. Harry no relevó a Chips porque sintió miedo. Lo tenía ya metido en el cuerpo desde que mató a aquel tipo hace diez meses. Desde entonces ha sido otro. El pánico le ha corroído el corazón.

—Son suposiciones vuestras. Harry fue uno de los mejores del grupo en Quantico.

—Aquello fue teoría. Le han faltado agallas cuando ha llegado la hora de la verdad. El terror se apoderó de él la otra tarde. Por ello buscó al médico. Puede que hasta sea amigo suyo. Ha testimoniado en su favor. La única verdad que creemos es lo de que le inyectó morfina y no porque le doliese el riñón. Necesitaba la hipodérmica para expulsar el miedo de su cuerpo. Debe de estar utilizando ese medio desde hace tiempo…

—¿Os dais cuenta de la gravedad de vuestras acusaciones?

—Perfectamente —asintió el pelirrojo—. Como es lógico, Hoover ha aceptado la versión de Harry avalada por el doctor, pero nosotros no nos la tragamos de ese tamaño.

—¿Creéis que el viejo permitiría continuase en su organización un cobarde?

—Él tiene demasiadas preocupaciones para descubrirlo. Pero nosotros sabemos lo que pasó realmente.

Maughan se pellizcó el lóbulo de la oreja al tiempo que meneaba la cabeza en sentido negativo.

—Es absurdo, muchachos. He tenido siempre fe en Harry. Él no ha podido hacer una cosa así. Al menos, lo habría confesado. Harry preferiría mil veces salir del Departamento y perderse en el anonimato que resistir el vacío que le habéis declarado.

—Queremos obligarle a que presente la dimisión —dijo Joyce—. Después de todo, es el mejor favor que le podemos hacer.

En aquel instante, el altavoz del rincón se hizo oír:

—¡Atención! Orden para el agente Gary Maughan de que se presente inmediatamente en el despacho del instructor Clark Hunter…

Maughan dejó sobre el mostrador el importe de las consumiciones, diciendo:

—Seguiremos luego, muchachos. Me huelo que se han acabado mis vacaciones…

Minutos más tarde, llamaba a la puerta del despacho de Clark Hunter y la voz de éste le autorizaba la entrada.

Al penetrar en la estancia, se quedó un tanto perplejo al ver, en compañía del inspector, a Harry Wells.

—¿Qué tal ese viaje por Europa, Maughan? —preguntó Hunter,

de pie, detrás de su mesa, mientras le tendía la mano.

Gary cambió un apretón apartando la mirada del rostro de Wells.

—Muy bien, señor —contestó.

Clark Hunter frisaba en los cincuenta años y era de mediana estatura.

—Siéntese, Maughan. Supongo que no tendrá ninguna cita importante esta mañana. El asunto que les voy a exponer, va a requerir algún tiempo.

Gary oyó claramente el plural. Se refería a él y a Harry Wells. Así, pues, se trataba de un caso en el que iban a trabajar juntos.

—Pónganse cómodos. Ahí tiene cigarros a su alcance. Relajen los músculos y considérense como en su casa. Quiero que graben bien en su memoria cuánto les voy a relatar a continuación —Hunter hizo una pausa para abrir una carpeta de la que extrajo tres fotografías—. En primer lugar, quiero que les echen una ojeada a estas pruebas. Empiece usted, Maughan, y conforme las vea, vaya pasándolas a Wells…

Gary cogió las tres fotos y examinó la primera, en donde se reflejaba el cadáver de una joven. Había sido acuchillada y ofrecía un escalofriante aspecto con las ropas destrozadas, manchadas de sangre, tendida sobre la hierba. Las manos estaban ligadas con los cabellos, unos cabellos largos y rubios, a la altura de la cabeza. Una mordaza le cubría la boca.

Al pie de la foto figuraba el nombre de la muerta y el de una localidad junto con una fecha.

«Lucy Arnold. Palmer (Missouri),
1 marzo 1953»

Maughan entregó la prueba a Wells y examinó la siguiente. Se parecía en casi todo a la anterior. Sólo variaba la cara y el vestido. Incluso era rubia como Lucy. Ésta se llamaba Mary Brown, y había sido muerta en Nueva York el 27 de mayo de 1955.

La última se diferenciaba de las que le precedían en que había sido fotografiada en una cama y, cosa lógica, no tenía mordaza, pero estaba tan muerta como ellas. Igualmente se daba la coincidencia del cabello rubio.

El pie decía:

«Dorothy Westwatter. Nueva York,
3 junio 1955»

Gary entregó la última foto a Wells, quien, después de examinarla, la devolvió, junto con las dos primeras, al inspector.

—Bien, agentes —dijo Hunter, aclarándose la voz—. Y a saben cómo mueren las rubias. Ahora pasaremos a la exposición del caso…

## CAPÍTULO II

—Como han podido ver —prosiguió Hunter—, el primer cadáver data del 7 de marzo de 1953. La víctima, Lucy Arnold, fue encontrada en un paraje desierto, cercano a Palmer, Missouri, donde residía. Lo primero que llamó la atención a la policía de la localidad, fue que el asesino había grabado profundamente con un cuchillo, en el vientre de la víctima, la palabra «rat»[1]. Se pensó que se trataba de una venganza y se sospechó que la muerta había tenido relación con el mundo criminal, pero a pesar de todas las investigaciones, el asesino no fue hallado. Lucy Arnold tenía dieciocho años y pertenecía a una de las mejores familias de Missouri adonde había vuelto después de haber permanecido algunos meses en California.

El inspector hizo una pausa para encender un cigarrillo, la cual fue aprovechada por los agentes para imitarle. Después, el primero reanudó el relato.

—La segunda víctima fue Mary Brown, de diecisiete años, camarera de un restaurante de Nueva York, donde habitaba. Sus padres, divorciados, residen en Minnesota y ella escapó del hogar a los quince años. Ni el padre ni la madre dieron cuenta a la policía de su desaparición. La madre recibió a los seis meses una carta de ella, fechada en Sacramento, California, en la que le decía que se encontraba bien y ganando mucho dinero en un buen empleo. Hasta el presente no se ha sabido a qué empleo se refería. Lo único cierto es que, aún no hace tres meses, fue hallada muerta en un campo de las afueras de Nueva York, en el extremo opuesto de California.

—Existe una notable diferencia de tiempo entre ambos crímenes, más de dos años —comentó Harry Wells.

—No se precipite y espere a que termine —le corrigió, suavemente, Hunter—. La tercera víctima se llamaba Dorothy Westwatter, una colegiala de diecisiete años. Fue atacada el 3 de

junio, es decir, una semana después que Mary Brown. Pero, por fortuna, esta vez el asesino no asestó certeramente sus golpes y cuando Dorothy fue encontrada, aún vivía. Así pudo dar el nombre del agresor: Frank Rivera, quién fue arrestado tres horas más tarde, después de entablar una dura lucha con la policía, en cuyo transcurso, el propio Frank se hizo una herida, con el cuchillo que manejaba, en la articulación del pulgar y el índice de la mano derecha. En ese lapso de tiempo, Dorothy falleció en un hospital sin que pudiese agregar nada a la designación de su asesino.

Maughan hizo chasquear los dedos, diciendo rápidamente:

—¡Ahora recuerdo que estando en París cayó en mis manos un periódico de Nueva York, en el que se hablaba de ese caso!

—Yo estaba cumpliendo por esas fechas un servicio en el Japón —se justificó Wells—. Después de todo, los crímenes sexuales no son de nuestra incumbencia.

—No hay tales crímenes sexuales en este asunto —advirtió Hunter.

—Frank Rivera se confesó autor de los tres asesinatos, ¿no fue así? —interrogó Wells.

—Exacto, pero no añadió nada más y su abogado defensor consiguió que el jurado emitiese un veredicto según el cual se consideró a Frank Rivera como esquizofrénico, por lo que fue internado en un manicomio. Allí a los quince días se colgó de una ventana, utilizando una sábana.

—Una pregunta, jefe —intervino Gary—. ¿Dorothy Westwatter estuvo alguna vez en California como las otras víctimas?

—Muy oportuno, Maughan. Efectivamente, pasó el verano de 1954 en Los Ángeles. Fue allí para seguir un curso intensivo de Arte Dramático en el Colegio de Jorge Harper. Mas sólo asistió a las tres o cuatro primeras clases, aun cuando permaneciese en la ciudad hasta finales de septiembre. Se hospedó en la pensión de la señorita Mary Figgs. No se ha podido saber nada de sus andanzas por cuanto esta señorita únicamente pudo declarar que Dorothy salía de casa sola a mediodía y regresaba a las primeras horas de la madrugada, sin que viniese nunca nadie en su compañía.

—Bueno —habló Harry, con cierto tono de impaciencia—, no adivino a dónde quiere ir a parar, inspector. El asesino cantó de plano. ¿Acaso cree que mintió por respaldar a alguien?

—No, Wells. Frank Rivera dijo la verdad. El mató a las tres adolescentes.

—¿Entonces…?

—Pronto llegaremos adonde usted quiere. Antes, déjenme añadir unos cuantos datos más. Al ser cogido Rivera, la Brigada Criminal nos pidió la ficha que pudiéramos tener de él. Era simple rutina. Pero he aquí que cuando sometimos a nuestros cerebros electrónicos al trabajo de selección, arrojaron la ficha de Norman Arthur. No había equivocación. Las ondas que buscaban la foto de Rivera sacaron la de Arthur, porque se trataba de una misma cara para dos nombres. Norman Arthur era el verdadero y bajo esta identidad fue juzgado.

—¿Qué tuvo que ver con nosotros? —preguntó Gary.

—En el año 1951 fue cogido con tres onzas de cocaína en un salón de billar de Los Ángeles. Le acompañaba un mozalbete, Lex Harris, el cual lo defendió en el momento de su captura pegando puntapiés y arañazos al agente del Departamento que lo detuvo. Arthur era su ídolo. Norman cumplió condena de dieciocho meses en la prisión de Alcatraz. En cuanto a Lex Harris, fue internado en un correccional.

»En vista del cariz que tomaba el asunto de Rivera, Hoover nos ordenó hacer una investigación sobre el caso, reabriendo el antiguo expediente. Dirigimos nuestras pesquisas sobre Lex Harris, del cual supimos se había fugado, a finales de 1953, del correccional en que se hallaba. Se dio orden a toda la policía del país nos señalase el paradero de Harris, pero han ido transcurriendo las semanas sin que recibiésemos noticias al respecto, hasta que hace dos días llegó un informe que nos dejó perplejos. Lex Harris fue detenido el 28 de agosto por la policía de Chicago acusado del robo de diez dólares. En el oficio que nos comunicaba tal acontecimiento, se añadía, como dato para mejorar la ficha, que Harris mostraba una crucecita tatuada en la articulación del pulgar y el índice de la mano derecha, detalle que había sido apreciado por un policía en el momento en que el joven firmaba la declaración reconociendo su delito. Harris ha sido condenado a treinta días de cárcel, donde actualmente se encuentra.

Maughan aprovechó el silencio del inspector para decir:

—Usted cree que la herida que se hizo Frank Rivera o Norman

Arthur, al ofrecer resistencia a la policía cuando fue detenido, tuvo como objeto la supresión de su crucecita azul…

—Pudo ser casual o intencionada, pero yo me inclino por la última hipótesis. Rivera debía de llevar también el tatuaje.

—¿Qué le hace suponer tal cosa? —retrucó Wells, en tono dubitativo.

—Les aportaré un nuevo testimonio. Hace tan sólo unas tres semanas, o sea, a primeros de agosto, un médico del Ejército regular acantonado en Los Ángeles, al revisar a un grupo de reclutas de California, encontró en la mano de un joven, articulación del pulgar, la crucecita azul… Pero no fue un caso aislado. Luego descubrió dos más. Cuando se interrogó a los muchachos por separado, la respuesta siempre fue la misma. El tatuaje era simplemente una moda entre los compañeros de la escuela, un refinamiento en la manera de jugar a los pieles rojas. El Cuerpo de Ejército de California ha puesto en nuestro conocimiento lo que ocurre y nosotros vamos a proceder en consecuencia enviándoles a ustedes dos para qué investiguen.

—¿Cree usted que merece la pena? —preguntó Wells, enarcando las cejas—. Esos reclutas deben de decir la verdad. Todos hemos jugado a indios y nos hemos despepitado por llenarnos la cabeza de plumas o pintarnos la cara…

—Pero usted nunca se tatuó, ni Maughan, ni yo…

—Los tiempos cambian, señor Hunter. Ellos mismos lo dijeron. Es la moda.

—Supongo no irá a admitir que también está de moda acuchillar a las rubias —ironizó el inspector.

Harry Wells puso una cara de circunstancias, murmurando:

—Yo estoy convencido de que Rivera o Arthur se produjo la herida casualmente y eso es lo que ha traído la confusión. En cuanto a Lex Harris, es uno más en el grupo de los muchachos que han querido jugar a pieles rojas con propiedad.

Hunter desvió la mirada hacia Maughan observando que se hallaba en actitud de honda reflexión, como ausente del diálogo entablado.

—¿En qué piensa, Maughan?

El joven pareció salir de su ensimismamiento.

—En la crucecita azul… Me va algo por la cabeza… No sé, es

como un recuerdo lejano, alguna cosa que leí de pequeño relacionada con ese condenado tatuaje…

El inspector sonrió, diciendo:

—Les ahorraré tiempo para descifrar el jeroglífico. Quería que opinasen sobre los testimonios que les he ofrecido. Ahora sé que los he elegido bien. Ustedes se complementan. Necesitaba un escéptico y un raciocinador.

Guardó silencio durante unos segundos para cerciorarse de que tenía suspensos a los agentes y luego añadió:

—Antes de la guerra de 1848, que dio a nuestro país los territorios de Arizona, Colorado y Nuevo Méjico, la potencia de nuestros compatriotas se hizo sentir en forma de caravanas de emigrantes que llegaban a tan remotos confines para fundar sus hogares. Los habitantes dispersados por aquellas inmensidades obedecieron a un instinto tradicional. Frente a la invasión, se organizaron en guerrillas para atacar a los emigrantes e impedirles su asentamiento pacífico. Estos hombres, más temidos que los pieles rojas, se batían por un ideal. Para asegurarse contra toda transformación de esa resistencia en una simple asociación de proscritos, nadie era admitido en la Sociedad hasta sufrir una serie de pruebas secretas que servían para demostrar el valor, la capacidad y, sobre todo, la lealtad.

—¡Es claro! —interrumpiólo, de pronto, Maughan—. ¡El signo de reconocimiento de los afiliados era una crucecita tatuada en la base del pulgar, en su punto de unión con el índice!

—Exacto, agente.

—Lo leí hace muchos años en un grueso tomo de historia del Oeste que cayó en mis manos. La cruz fue llamada pachuco y por extensión, este nombre fue dado a los afiliados.

—Quizá también recuerde haber leído que los pachucos se debían ayuda y socorro, y que la traición de los secretos de la organización se castigaba con la muerte dada por medios atroces.

—¡Por ello usted ha relacionado con los pachucos las muertes de las tres rubias! ¡Sobre el vientre de Lucy Arnold grabaron la palabra traidora!

—Una conclusión sencilla, como pueden ver, si tenemos en cuenta también que el asesino se cortó la base del pulgar, que un amigo suyo tiene el tatuaje y que han aparecido otros muchachos

en California con idéntico signo…

—Pero los pachucos desaparecieron antes de que terminase el siglo pasado.

—Ocurrió después del descubrimiento de oro en el valle del Sacramento y en toda la Alta California. Las sucesivas oleadas de emigrantes acabaron con los pachucos, aun cuando la principal causa de su extinción se debiese a sus propias rivalidades interiores. Lo cierto es que fueron eliminados.

Harry Wells, que se mordía el labio inferior, quizá un poco corrido por el desacierto de sus argumentos, quiso desquitarse, preguntando:

—¿Piensa, inspector, que han revivido los pachucos para arrojar de California a los americanos?

—Pienso que ha vuelto a la vida aquella organización, pero no con ese fin, sino con el de dedicarse al crimen en gran escala… Las extrañas conductas de las tres rubias durante su estancia en California, sus dramáticas muertes, el hecho de que el asesino cumpliese condena por tráfico de drogas, el de que un amigo suyo haya sido arrestado por robo, el de que muchachos menores de veinte años sean quienes muestren el tatuaje… me parece que son suficientes eslabones de una misma cadena para que nuestro Departamento se preocupe por saber dónde empieza y dónde acaba.

Clark Hunter se arrellanó en el sillón giratorio y, tras otra larga pausa, manifestó con voz grave:

—He aquí, pues, lo que el Departamento quiere de ustedes. Una investigación concienzuda del caso, para lo cual habrán de trasladarse a Los Ángeles. Nos damos cuenta de que su trabajo no va a resultar fácil, por lo que hemos pensado recurrir a un procedimiento que ha tenido éxito en parecidas ocasiones. Usted, Maughan, ha sido designado para que penetre en la organización. Sabemos que el joven Lex Harris frecuentaba el Bar Laramie de Los Ángeles, establecimiento fichado como lugar al que acuden algunos adictos a los estupefacientes, aun cuando hasta el presente no se ha podido sorprender dentro de él operación alguna de compraventa —el inspector cogió una cartera de un cajón y la alargó a Gary—. Usted será Charles Cook, Maughan. Ahí dentro encontrará toda la documentación que necesita. Cook era un tipo de malos antecedentes que apareció ahogado hace unas semanas en un

muelle de Nueva York. Naturalmente, no tiene nada que ver con el asunto, jamás salió de la ciudad. Nuestros peritos calígrafos, teniendo a la vista una fotocopia de la declaración de Harris que nos envió la policía de Chicago, han escrito una carta imitando su letra. En ella, Harris recomienda a Charles Cook al propietario del Bar Laramie, un tal Bruno Colleano.

—Según dijo antes, ese muchacho cumplirá la condena dentro de un par de semanas.

—Lo hemos tenido en cuenta. Desde luego, ustedes tratarán de acabar en el plazo más breve posible, pero si Harris sale de la cárcel cuando aún no hayan terminado, nos ocuparemos de retenerle en Chicago, con una excusa u otra, para evitar se deje ver en Los Ángeles.

—Entendido, jefe.

—Encontrará también dentro de la cartera un resumen del caso. Léanselo de nuevo, graben en la memoria lo que consideren de utilidad y destrúyanlo antes de abandonar Washington.

Harry Wells carraspeó suavemente.

—Señor Hunter… ¿Qué papel desempeño yo en todo esto?

—Usted se hospedará bajo la identidad de James Burney en el Hotel de los Artistas de Los Ángeles.

—El inspector sacó una nueva cartera que tendió a Harry. —Deberá esperar allí los informes de Maughan, y conforme los vaya recibiendo, nos los transmitirá telefónicamente. Apúntese el teléfono de ese hotel, Gary. Es el Plaza 4795. ¿Alguna pregunta aclaratoria?

—¿Y si fallase la supuesta carta de Lex Harris? —inquirió Maughan.

—Procure que no falle —sonrió Hunter, poniéndose de pie y obligando a que los agentes se incorporasen—. Es la única forma que tenemos por ahora de hincar el diente en el asado. Buena suerte, muchachos.

Los agentes estrecharon la mano de su superior y acto seguido abandonaron el despacho.

# CAPÍTULO III

Gary Maughan empujó la puerta del Laramie y penetró en el interior del local andando indolentemente. Si alguno de sus compañeros del Departamento hubiera tropezado con él, habría tenido que hacer un esfuerzo de memoria para reconocerle y ello no era debido a que se hubiese maquillado, sino a que su indumentaria era lo más opuesto al reconocido buen gusto que tenía para combinar las distintas prendas.

En aquellos instantes vestía un traje marrón claro con rayas del mismo color fortísimas, lazo de pajarita rojo moteado de lunares blancos, camisa color carne y zapatos calabaza de gruesa suela. Complementaba el brillante modelo con un sombrero de fieltro canela.

El local tenía el mostrador a la derecha y las mesas al otro lado. Al fondo, se agolpaban media docena de clientes junto a un aparato de televisión, en cuya pantalla se desarrollaba un partido de *baseball*.

Gary se aproximó a la desierta barra, tras la que un hombre de unos cuarenta años de edad, en mangas de camisa, poseedor de una nariz tronchada a fuerza de puñetazos, se entretenía secando platos.

El agente se detuvo fijando la mirada en el barman, el cual, sin dejar su faena, escupió más que dijo:

—¿Qué va a tomar?

—Que sea un *whisky*.

El exboxeador meneó la cabeza y sirvió lo pedido.

Gary bebió un pequeño trago y chasqueó la lengua haciendo un gesto de disgusto.

—No te dije aguarrás, Rocky Marciano.

El aludido lo miró retadoramente y arrastró las palabras:

—Es nuestro mejor *whisky*. Y no me llamo Rocky Marciano…

—¿De veras? ¿Y de qué hacéis el peor, Marciano? Apuesto a que

de orines de vaca…

—Será preferible que eche el cerrojo a la lengua, compadre. No me gusta que desprestigien el negocio.

—¿Te preocupa eso? Bastará que sirvas de este *whisky* a cada cliente que te caiga para que no vuelva más.

—¿Es un chiste?

—¿Y qué si lo es, Rocky?

El barman se acodó en el mostrador echando adelante el hocico.

—Escucha esto, muchacho. En cuanto te he visto la fachada, te he tomado el número. Aquí nadie se atreve a ir de esa forma que vas tú. He vivido unos cuantos años en Nueva York. ¡Y por eso no tolero a los de tu calaña! Una palabra más y te saco los dientes para hacer un collar a mi perro…

—¿De qué, Matasiete? Ponme tu sucia mano encima y te la ganas. ¿Con quién te crees que estás hablando? ¡Llama a Bruno!

El barman se quedó unos instantes perplejo. Indudablemente había esperado amedrentar con sus amenazas a aquel desconocido.

—¿Bruno? —repitió, con voz insegura.

—Eso he dicho, Rocky. Bruno Colleano.

—¿Qué tienes con él?

—No es cuenta tuya. ¡Llámalo te digo!

—Será mejor que desembuches. A Colleano no le gusta perder tiempo. Explica lo que quieres y si lo veo a mi gusto, pasarás dentro…

Gary extrajo del bolsillo la carta falsificada por los calígrafos de su Departamento y la tiró sobre la barra, diciendo:

—¡Entrégasela y dile que sólo esperaré cinco minutos!

El otro cogió la carta, y tras mirar con fijeza el rostro que tenía en frente, echó a andar, desapareciendo por una puerta interior que había al extremo del mostrador.

El agente terminó el *whisky* y encendió un cigarrillo. Cuando tenía éste por la mitad, reapareció el barman, quien le hizo una seña para que pasase por debajo de la barra.

Así lo hizo el agente y entonces su guía le indicó igualmente con la mano que franquease la puerta que sostenía abierta.

Maughan cruzó el umbral y entonces indicó el de la nariz partida:

—La habitación del final del corredor.

Recorrió el pasillo y se detuvo ante la puerta que abrió de un tirón, después de hacer girar el pomo. Apenas se introdujo en la estancia, una mano que surgió por la derecha lo aferró fuertemente del brazo, levantándoselo hacia la nuca.

Era una presa de «catch» y sabía cómo librarse de ella. Dio un salto hacia atrás y al poner de nuevo los pies en el suelo se había desprendido de la llave. Vio un hombre grueso, de cara ancha y cejas espesas que se abalanzaba sobre 41, y lo inmovilizó atizándole un derechazo en corto a la barbilla e inmediatamente le conectó la zurda con todas sus fuerzas. Sonó un restallido y el cejudo salió disparado como una exhalación hasta que, al chocar sus espaldas contra la pared, se desplomó igual que si fuera de plomo.

Gary se entretuvo demasiado en sonreír a su eventual victoria. Un puño le machacó la cabeza y antes de que pudiera volverse para enfrentarse con el nuevo enemigo, se sintió arrancado del suelo y volteado. Pensó que una apisonadora lo había encontrado en su camino y lo estaba aplastando como si fuera un grillo.

Sus costillas se combaron aprisionando los pulmones, el hígado le descendió a los pies y… ¡le estaban salteando los riñones!

Tuvo la seguridad de que, si salía con vida de aquello, podría exhibirse en la galería de monstruos del Circo del Terror que dirigía su buen amigo Epaminondas Smith.

Algo así como un berbiquí profundizaba en su cerebro produciéndole un dolor progresivo. Al fin no pudo soportarlo y perdió el sentido.

Cuando abrió los ojos, estuvo un rato sin poder moverse.

—Ya vuelve, jefe —oyó que decía una voz gutural.

Se maldijo por volver. Ahora continuaría la fiesta. Podía haber permanecido un par de días envuelto en las sombras hasta que los que le esperaban se aburriesen.

Una mano lo zarandeó:

—¡Eh, zanquilargo!… ¡Levántate!

¡El muy idiota! ¿Cómo quería que se levantase? Necesitaba una grúa.

Pero lo intentó y quedóse asombrado al notar que podía hacerlo. ¡Conservaba las dos piernas!

Se encontró de pie, vacilante, con todo el cuerpo dolorido.

Estaba flanqueado por el cejudo y un tipo de dos metros de talla

y cien kilos de peso. La apisonadora.

Pero había más gente en la habitación. De pie, tras una mesa, se hallaba un sujeto gordo, mofletudo, de pequeños ojos y sonrisa de sibarita. Su traje era de buen paño y en el ojal de la chaqueta mostraba una gardenia. A su lado, también de pie, se encontraba otro hombre, de pómulos salientes y labio inferior un poco colgante.

—Charles Cook, ¿eh? —dijo el gordo.

Y al instante se dio cuenta Gary de que le habían quitado la cartera y la pistola.

—Ése es mi nombre, ¿qué pasa?

—Un gallito de pelea. ¿Es que no tienes bastante?

Maughan se pasó el dorso de la mano por la boca, descubriendo en la piel una mancha de sangre.

—¡Maldita sea! —exclamó—. ¡Ni siquiera la poli me ha tratado así!

—Cierra el pico, muchacho —le aconsejó el de los pómulos salientes—. Te conviene escuchar a Colleano…

El agente miró al obeso con pupilas relampagueantes.

—¿Tú eres Bruno Colleano?

—Sí.

—Conque eres amigo de Lex Harris, ¿verdad? ¡El muy cerdo! Me dio una carta de recomendación para ti y habéis estado a punto de asesinarme… ¡Cuando lo coja me las va a pagar!

Hubo un silencio. Colleano se dejó caer en un sillón, jugueteando con la cartera de Gary.

—¿Dónde conociste a Lex? —preguntó de pronto.

—En Chicago, naturalmente. Entablamos amistad en el patio, de la prisión…

—¿Qué hacías tú allí?

—Me equivoqué de coche y me metí en el de un médico. Me pescaron cuando intentaba colocarlo.

—¿Trabajabas solo?

—Nunca me han gustado las asociaciones y esto que me ha pasado aquí me da la razón. Lex me habló de vosotros. Me dijo que me ayudaríais… ¡y yo, imbécil de mí, me lo tragué con anzuelo y todo!

—¿Qué clase de ayuda?

—Me habló de una buena colocación. Dinero abundante y poco

riesgo. Debí suponer que un momio así solo podía darse en las películas…

—¿Qué has hecho, además de lo de los coches?

—Me he dedicado a lo mismo siempre. ¿Para qué buscarse complicaciones en lo que uno no sabe?

—¿Cuántas veces has estado entre rejas?

—Sólo ésta en Chicago y llevo nueve años en el oficio.

—Eres un buen conductor, ¿eh?

—No lo hago mal del todo.

Maughan aprovechó la nueva pausa para enderezar su corbata de lazo.

—Oye esto, Cook —advirtió Colleano—. No nos ha gustado lo que ha hecho últimamente Lex Harris. Es un chico sin cabeza… ¡Ir a la cárcel por diez dólares! Pensé que si te recomendaba serías tan estúpido como él.

—Lo fui creyendo en sus palabras.

—Quizá yo haya cambiado de idea, después de verte batiéndote el cobre… Le zurraste a Pat, aunque no te ha ido tan bien con Sullivan…

Gary echó una ojeada a los dos metros de Sullivan y murmuró:

—Me cogió desprevenido y no me dio tiempo a reaccionar.

El gigante torció el gesto e hizo ademán de golpearlo, pero la voz de Colleano se lo impidió.

—¡Quieto, Sullivan!

El agente se restañó la sangre de la boca con el pañuelo y dijo:

—Bien, compañeros. No os guardaré rencor si me devolvéis la cartera y el «quitapenas».

—¿A dónde piensas ir? —preguntóle Bruno.

—Viniendo hacia acá he visto que algunos ciudadanos se olvidan de cerrar la llave del encendido. Casi todos los coches eran modelos del 55. Creo que no me moriré de hambre en Los Ángeles.

—En la cartera sólo tienes diez dólares.

—Es bastante para un par de comidas y dar una vuelta por la ciudad. Nunca opero antes de conocer el terreno que piso.

—Un muchacho eficiente. ¿Y si te ofreciese el trabajo que necesitas?

—Ya no me interesa. Me las arreglaré solo como hasta ahora.

—Soy yo quien decide a ese respecto, Cook.

—No tienes opción sobre mí, Bruno. Recuerda que vine aquí por propia voluntad y sin que me conocieses.

Colleano soltó una carcajada.

—Eres gracioso, roba coches —borró la sonrisa bruscamente y añadió—: Pero ahora estás conmigo y te conozco.

Gary se dijo que había llegado al límite y echó marcha atrás.

—De acuerdo, supongamos que me quedo. ¿En qué consiste el trabajo?

—Harás lo tuyo. Conducir.

—Eso se llama hablar claro. ¿Cuánto?

—Doscientos semanales.

Maughan abrió más los ojos y encanutó los labios lanzando un silbido.

—¡Caramba! ¡Lex Harris no me engañó!

—¿Hecho, Cook?

—Hecho. ¿Cuándo empiezo?

—Ya te avisaremos. Entretanto, te alejarás en el Hotel Palmeras, con Sullivan.

—No necesito niñera…

Colleano apretó los labios, mirando aceradamente a su interlocutor.

—Métete esto en la sesera, Cook. Nada de discutir mis órdenes. Este clima de California resulta a veces peligroso…

Gary apreció la amenaza, contestando:

—Corriente, jefe.

—Compartirás la habitación con Sullivan —Colleano sacó un fajo de billetes y lo metió en la cartera de Gary—. Cómprate otro traje y combina más discretamente los colores. Me extraña que no te hayan cogido cada vez que has limpiado un coche. El más lerdo de mis hombres te habría descubierto entre cien mil personas…

—En el Este es frecuente vestir así.

»Esto es el Oeste. Y ya está bien de cháchara. Lárgate con Sullivan a su madriguera.

Gary se acercó a la mesa y tendió la mano, recibiendo la cartera y después la pistola. Miró un instante al de los pómulos salientes, que no había abierto la boca y giró sobre los talones, encaminándose a la salida de la estancia, donde lo esperaba Sullivan.

## CAPÍTULO IV

El Palmeras era un hotel de tercera categoría ubicado en una calle estrecha del Este de la ciudad.

La habitación de Sullivan contaba con dos camas y el gigante se apresuró a aclarar a Gary que la suya era la más próxima a la ventana porque le gustaba airearse mientras dormía.

Un destartalado lavabo con un grifo que goteaba y dos desvencijadas sillas, eran los únicos lujos del apartamento.

Maughan se despojó de la chaqueta que dejó sobre el respaldo de una silla, y se tendió en su cama bajo la mirada vigilante de Sullivan.

Estaba decepcionado. Durante su permanencia en el despacho de Bruno Colleano, había observado las manos de los que allí se encontraban, sin que en ninguna de ellas descubriese el tatuaje de la crucecita azul.

Era evidente que Bruno y su pandilla se dedicaban a burlar la ley, pero también lo era el hecho de que sus trasiegos debían de incumbir a la policía local.

Para que el F. B. I. pudiese justificar una intervención, debía encontrar pruebas o indicios de que el «gang» se ocupaba en la trata de blancas o en cometer un delito de índole estatal. Ni siquiera el tráfico de estupefacientes le serviría para dar un informe favorable a Clark Hunter, puesto que su persecución competía al Negociado de Narcóticos del Departamento del Tesoro, es decir a los «T-men».

El gemido del somier de al lado, le indicó que Sullivan se había decidido a imitarle.

En vista de ello, cerró los ojos y se durmió.

Fue despertado a media tarde por los bufidos que daba Sullivan

al lavarse.

—Me voy a comer, Cook —le dijo su compañero, al notar que estaba despierto—. ¿Vienes?

No sabía si era una invitación o una orden y corrió el albur.

—Llené la tripa bien esta mañana. Iré por ahí a comprar el traje de que habló Bruno…

—Bueno, pero será mejor que te dejes caer por aquí antes de que sea muy tarde. El jefe puede necesitarte. Dejaré abierto. Aquí no hay nada que se puedan llevar.

—Entendido, Sullivan.

Cuando Gary hubo quedado solo, se ablucionó ante el lavabo, y, después de peinarse, se puso la chaqueta y salió a la calle.

Anduvo media hora al azar, cerciorándose de que no era seguido. Ello le produjo la consiguiente sorpresa. Hubiese jurado que Sullivan le había sido colocado por Colleano como vigilante permanente, en tanto no probase su lealtad al «gang».

Entró en un almacén donde vendían ropas de confección y adquirió un traje gris que, sin lugar a dudas, merecería la aprobación de Bruno. Se cambió allí mismo y con el paquete bajo el brazo del que se quitó, volvió a la calle. Media hora más tarde, había acabado su metamorfosis luciendo una corbata azul sobre una camisa blanca y unos zapatos color marrón.

Comió unos emparedados en un automático e inmediatamente retornó al Palmeras.

Al abrir la puerta de la habitación, situada en el primer piso de los tres de que se componía el edificio, después de subir resoplando la angosta escalera, se quedó inmóvil contemplando a la joven que se hallaba cerca de la ventana.

Tendría unos veinte años y era esbelta, de lindo rostro, ojos de un verde intenso, boca de labios rojos y busto maravilloso. Su cabello era negro, de un negro brillante que él jamás había visto antes de ahora en otra mujer.

No, no estaba Sullivan.

La joven le correspondió con la misma atención.

Cerró la puerta con la rodilla y dejó caer sobre su cama los paquetes que llevaba.

—Sullivan no debe de tardar —dijo, mientras se preguntaba cómo era posible que el gorila pudiese estar relacionado con aquella

beldad.

La muchacha respondió:

—Es a usted a quién he esperado.

—¿A mí? —inquirió Gary, clavándose el índice en el pecho con un gesto de perplejidad.

—¿No es usted Charles Cook?

Iba a negar con la cabeza, pero se dio cuenta a tiempo de que estaba en acto de servicio.

—Sí, soy yo —sonrió—. ¿Acaso la envía Bruno?

Una sombra cruzó el rostro de la hermosa.

—No, tampoco me manda Bruno. Le sacaré de dudas Usted ha visto recientemente a Lex Harris, ¿no es así?

—¿Quién se lo ha dicho? —retrucó él, con cierta precaución.

—Sullivan. Trabajo en el bar donde él come. Supongo que no lo delatará a Colleano. Bill me aprecia y algunas veces olvida lo que es…

—¿Bill es Sullivan?

—Sí.

—Bueno, ¿qué es lo que quiere, concretamente?

—Me llamo Jean Harris.

—Comprendo —asintió Gary—. La esposa de Lex.

—No, su hermana. Hace varios meses que no sé de él. He intentado ver a Colleano pero nunca lo he conseguido. Ahora, cuando hace un rato me dijo Sullivan que usted había hablado con Lex… Perdóneme, pero he tenido que venir.

Maughan se frotó el mentón. Era su costumbre, cuando en el curso de la vida se encontraba de manera inopinada con un problema.

—¿Cómo está mi hermano? —preguntó Jean.

—Perfectamente, no debe preocuparse.

—Lo vio en la cárcel, ¿verdad?

Gary observó los hermosos ojos que tenía frente a sí y hubo de hacer un esfuerzo para contestar:

—Sí, fue en la cárcel.

—¿Qué es lo que ha hecho esta vez?

—Poca cosa. Se apropió de diez dólares.

—¡Diez dólares!… ¡Santo cielo! ¡Estaría hambriento cuando lo hizo!

Era la fe de una mujer en su hermano. No se le ocurriría pensar qué él quizá intentó robar creyendo encontrar un mayor botín.

—No me lo contó, señorita Harris.

Jean se volvió de espaldas a él y mantúvose en silencio.

—¿Cuándo saldrá? —preguntó, al cabo de un rato.

—Dentro de un par de semanas. Le repito que no debe atormentarse. La cosa carece de importancia.

Ella giró bruscamente.

—¡Para usted, quizá! ¡Lex es un chiquillo! ¡Una criatura sin voluntad!

—Es una suposición suya.

—¡No, no lo es! ¡Le conozco perfectamente! ¡Ustedes creen que todos los que se relacionan con sus sucios negocios han de poseer su misma frialdad para quebrantar la ley!

—¿Qué sabe usted de mí? ¿Le habló también Sullivan?

—No me ha hecho falta. Me ha bastado saber que trabaja para Bruno Colleano…

Gary tenía que llevar adelante su misión y por éste sólo motivo, dijo:

—¡Su hermano me recomendó a él…!

—¿Qué quiere probar con eso? ¿Qué Lex es como ustedes? ¡Sepa de una vez que él fue vilmente engañado!

—¿Por Bruno?

—Por una mujer llamada Chiquita Gómez, una mejicana.

—Acabo de llegar a la ciudad. No he tenido tiempo de conocer a esa dama.

—Ya la conocerá. Puede que lo encandile a usted también.

—¿Tan peligrosa la considera?

—Es el mejor gancho de Bruno para atrapar a jovenzuelos. Se enamoró de Chiquita y desde ese instante ella lo manejó a su antojo…

—¿Qué hacía su hermano en Chicago?

—Lo ignoro. Ni siquiera sabía dónde estaba cuando Sullivan me habló esta tarde de usted.

—¿Por qué no puso en conocimiento de la policía su desaparición?

—¿Y es usted quien lo sugiere? —Jean hizo un mohín irónico—. Entonces hubiera empeorado las cosas. Sé cómo las gasta Bruno.

—¿Acaso lo conoce? Me ha dicho antes que no lo ha llegado a ver.

—Le dije que no lo había visto después que Lex se marchó de la ciudad, pero conozco a Bruno. Durante muchos años hemos vivido en el mismo barrio, hasta que él comenzó a prosperar…

De pronto, como un relámpago, una idea nueva cruzó el pensamiento de Gary. ¿Y si todo aquello fuese una trampa tendida por el propio Colleano para probarlo? ¡Por cien mil diablos, había estado a punto de pegar un resbalón!

Se acercó a la joven con las manos metidas en los bolsillos.

—Es raro que Lex no me hablase de usted, siendo así que yo venía a Los Ángeles…

—Mi hermano no ha querido saber nada de mí desde que pretendí oponerme a que continuase por el camino que había emprendido.

—Entonces, haría bien en pagarle con la misma moneda. Su intromisión en su vida sólo puede acarrearle disgustos…

Jean palideció.

—¿Es una amenaza, señor Cook?

—Un consejo.

—Sólo los acepto de mis amigos.

—Por regla general son los que no debiéramos seguir. Casi todos se basan en la hipocresía.

Después de una larga pausa, ella comentó:

—Habla usted de una forma muy extraña para ser un pistolero.

Gary sintió un escalofrío por la espina dorsal.

—No le extrañe, ricura —contestó, sonriendo—. He cursado altos estudios en los ratos de ocio. Deme una cita y le demostraré hasta dónde llega mi cultura…

La joven irguió la barbilla orgullosamente, replicando:

—Usted y yo no tenemos nada de qué hablar.

—Sin embargo, ha venido a buscarme.

—Ya me voy, señor Cook —Jean se dirigió a la puerta y la abrió —. Gracias por sus informes.

—No hay de qué. Ya sabe dónde puede encontrarme.

Jean cerró desde fuera y Maughan se quedó escuchando su taconeo mientras descendía por la escalera.

Al cabo de unos minutos, apareció Sullivan, quien al verlo con

su nueva indumentaria, ironizó:

—Casi pareces un hombre, Cook.

—Deja eso, Bill… ¿Por qué la has mandado?

El gigante enarcó las cejas como si no entendiese.

—¿A quién, Charles?

—A Jean Harris.

—Yo no te la he enviado.

—Está bien —rezongó Gary—. Hablaré de ello con Bruno.

—¡No! —exclamó Sullivan, súbitamente sobresaltado.

—¿Vas a abrir la espita?

—Sí —Bill se humedeció los labios con la lengua—. Jean es una buena chica, Charles. Pensé que no tenía nada de particular que viniese a preguntarte sobre su hermano. La he visto estos meses intranquila, asustada… Ella creía que yo sabía dónde estaba Lex y me lo callaba.

—¿Acaso no era cierto?

—¡No! Siempre he ignorado lo que se refería a Lex.

Gary admitió que Sullivan decía la verdad. Como casi todos los hombres de gran tamaño y peso, en el fondo era un ingenuo.

—Jean me ha hablado de una mujer llamada Chiquita Gómez —dijo el agente, cambiando de tema—. Al parecer, es algo fuera de serie…

—Y no te equivocas.

—No me valdría mal un rato de plática con ella. Ya sabes. He estado algún tiempo a la sombra y me vine tan a prisa de Chicago, que no he tenido oportunidad de ver un par de medias en su sitio.

—Es posible que veas las de Chiquita esta noche… después del trabajo.

—¿Trabajo? ¡Si acabo de llegar…!

—Colleano te necesita. Hemos de estar dentro de dos horas en la milla 40 de la carretera 101. Vendrán a traernos un coche ahí abajo…

—¿Algo especial? —preguntó Maughan, sin poner interés en el tono.

—Nunca se sabe —encogióse de hombros Sullivan—. Será mejor que te acuestes un rato. Es lo que voy a hacer yo…

## CAPÍTULO V

El coche se detuvo junto al bordillo de la acera y un hombre salió de él, cambiando un saludo con Sullivan.

—Mi trabajo acaba aquí, Bill —anunció—. Sólo me dijeron que te trajera el cacharro.

—Está bien, Gregor —asintió el gigante—. Lárgate.

El llamado Gregor miró con curiosidad a Gary y luego echó a andar, alejándose de aquel lugar.

—Vamos, Cook —indicó Sullivan—. Ponte al volante.

Al cabo de unos segundos, el coche, un «Sedán» modelo 52, salía disparado conducido por Maughan.

Apenas irrumpieron en la carretera 101, Sullivan, sentado en la parte trasera, observó:

—Llegaremos tarde a la cita, si no le pegas fuerte, Charles…

—Descuida. Ahora verás.

Gary pisó a fondo el acelerador y, manteniendo una buena velocidad, llegaron en menos de media hora a la milla 40.

—Sal de la carretera y apaga los faros, Cook.

Maughan volvió la cabeza.

—¿Qué es esto? No me gusta andar a ciegas.

—A veces conviene no hacer preguntas, Cook. Pon el coche como te digo y echa la cremallera a la boca. Recuerda que has empezado a trabajar para Colleano.

Gary prefirió hacer lo que le ordenaban y esperar los acontecimientos.

Sacó el vehículo de la carretera y apagó los faros.

De vez en cuando, las tinieblas de la noche eran rasgadas por los faros de los automóviles que cruzaban la pista en una dirección u otra.

Maughan sacó el paquete de cigarrillos y se puso uno de éstos en la boca.

—Fuera eso —le dijo Sullivan, por detrás.

—Está bien —repuso Gary, con voz irritada—. ¿Qué he de hacer, reverendo? ¿También me dejo el alcohol?

Sullivan chasqueó la lengua sin responder.

Transcurrieron diez minutos.

De pronto, se oyó a lo lejos el aullido de una sirena.

—¡Prepárate, muchacho! —apremió el gigante—. ¡Ya están aquí y esta vez traen compañía! ¡Maldita sea!

Un coche llegó rugiendo procedente de Los Ángeles. El conductor hizo un brusco viraje y el vehículo dio media vuelta sobre dos ruedas, entre chirridos de frenos y lamentos metálicos, quedando detenido muy cerca del «Sedán».




*El vehículo dió media vuelta sobre dos ruedas*

La sirena policíaca se oía cada vez más cerca.

Dos hombres saltaron rápidamente del coche perseguido y se metieron en el «Sedán», junto a Sullivan. Éste gritó:

—¡Adelante, Cook! ¡Ha llegado tu hora!

Gary tenía los músculos en tensión.

Pisó el embrague y el automóvil se estremeció al salir lanzado hacia adelante como una exhalación, enfilando la proa en dirección contraria a la de la gran ciudad californiana.

—¡Los tenemos encima! —gritó uno de los que se sentaban al lado de Sullivan.

Maughan sacó el máximo rendimiento del coche que conducía. Muy pronto la flecha indicadora del cuenta-millas rebasó los cien.

La sirena fue perdiendo intensidad.

El «Sedán» adelantaba a los vehículos que le precedían, dando la sensación de que éstos se desplazaban como tortugas.

—¡Cuidado, Charles! —advirtió, temerosamente, Sullivan—. ¡Hay una zona que están arreglando cerca de aquí!

Gary observó una luz roja en el horizonte. Pero era tal la velocidad que llevaban, que en pocos instantes se encontraron sobre ella.

La superficie de la pista, en sus tres cuartas partes, aparecía levantada. Solo quedaba un pasillo libre, suficiente para que rodase un coche. Empero, para alcanzarlo, el vehículo había de desviarse ligeramente del encintado recto para no ir a romperse contra el removido suelo. Y si la velocidad era tal como la que impulsaba al «Sedán», sólo un conductor de una sangre fría poco común y de absoluta pericia, podría eludir la catástrofe.

—¡Agarraos, muchachos! —gritó Maughan, al tiempo que hacía girar el volante sin pisar los frenos.

El automóvil se bamboleó de un lado a otro, crujiendo siniestramente como si fuera a partirse en dos.

Tres segundos después, los faros alumbraban la totalidad de la pista. El angosto pasadizo había quedado atrás.

Maughan oyó los resoplidos de alivio que lanzaban sus acompañantes.

—¡Eso ha estado inmenso, Charles! —Ponderó Sullivan.

El agente soltó una risita, diciendo:

—Es mi oficio, compañero. Cada uno hace lo que ha aprendido…

—A un par de millas de aquí verás a la derecha un cartel pintado de blanco. Es un anuncio publicitario. Métete por detrás y sigue por la carretera asfaltada que encuentres.

Maughan siguió las instrucciones y cuando corrían por la nueva

pista, Sullivan volvió a hablar.

—Estamos llegando. De un momento a otro enfocarás una casa. Dirige el coche hacia el garaje de la derecha que estará abierto y detenlo sobre la plataforma de engrase.

Efectivamente, vio la casa y el garaje con la puerta de par en par y las luces encendidas. No más penetró en él, se cerró automáticamente, y cuando inmovilizó el coche en la plataforma, ésta empezó a ascender rápidamente hasta detenerse en la planta superior.

—Ya estamos en casa, Cook —anunció Sullivan—. Podemos bajar.

Al salir del vehículo, Gary observó que se encontraban en una amplia nave iluminada por una lámpara central.

De pronto, apareció por una puerta Bruno Colleano. Le seguía un sujeto que él no había visto antes.

—¿Cómo ha ido eso? —inquirió el primero.

Maughan dirigió una mirada a los dos hombres que habían sido perseguidos por la policía desde Los Ángeles. Eran muy jóvenes. El mayor no pasaría de los diecinueve años.

Sullivan extendió la mano y la mantuvo abierta. Uno de los muchachos sacó un paquete del bolsillo y se lo tendió. Inmediatamente el gigante, con la mano libre, abofeteó violentamente al joven.

—¿Qué es eso? —interrogó Bruno, con el ceño fruncido.

—Les siguió la policía —contestó Sullivan—. Nos hemos librado de ellos gracias a Cook. Ha conducido como los buenos.

Bruno y el desconocido examinaron el rostro de Maughan. Luego el primero preguntó al muchacho que había recibido el golpe:

—¿Qué ha ocurrido, Dick?

—Fuimos a recoger la mercancía al sitio de siempre —respondió el aludido nerviosamente, tocándose el pómulo maltratado—. Nos sentamos a una mesa y esperamos los trece minutos de rigor. Ella salió y nos dejó el paquete. Entonces nos dimos cuenta de que un tipo que estaba sentado en un taburete nos miraba de reojo. Nos figuramos que tendríamos complicaciones. Salimos del bar y echamos a andar por la calle. El sujeto empezó a seguirnos. Intentamos darle esquinazo, pero era demasiado listo para nosotros. Entonces a Randall se le ocurrió que podíamos desembarazarnos de

él robando un coche.

—¡Robando un coche! —repitió Colleano, apretando los labios —. ¡Imbéciles!

Dick se humedeció los labios con la lengua.

—No tuvimos más remedio, jefe. Creímos que era lo mejor.

—¿Y después?

—Nos metimos en el automóvil y Randall condujo hasta las afueras sin que observásemos peligro alguno. Pero apenas salimos de la ciudad oímos la sirena detrás de nosotros.

—¡Fue una trampa! —rezongó Sullivan—. Caísteis como conejos.

Hubo un silencio.

Bruno miró atentamente a Maughan.

—¿Qué dices tú, Charles?

Gary sonrió, replicando:

—Que fue bastante divertido, pero si llego a saber esto, te hubiese pedido doble sueldo.

Colleano distendió los labios en una sonrisa, indicando a su acompañante:

—Éste es el chico de quién te he hablado, Raymond.

El llamado Raymond, de unos treinta y cinco años de edad, cabello rubio y ojos claros, tendió la mano a Gary y éste la estrechó, mientras la voz de Bruno decía:

—Te presento a un personaje, Cook. Seguro que habrás oído hablar de Keenan Raymond.

El agente no tuvo que hacer ningún esfuerzo de memoria para recordarlo. Keenan Raymond era conocido en todos los ámbitos del país. En repetidas ocasiones, el Departamento del Tesoro había intentado echarle el guante bajo la acusación de tráfico de drogas, pero jamás se le pudo probar nada. Tres procesos habían acabado con una sentencia absolutoria.

—Celebro que esté con nosotros, Cook —declaró. Y luego de hacer una pausa, añadió—: Me han dicho que ha estado usted operando por el Este. No le recuerdo.

—Mi negocio era de pequeña monta —contestó el agente, con cierta ironía.

Raymond soltó una risita y manifestó:

—Aquí hacemos las cosas en grande —desvió la mirada hacia

Sullivan y requirió—: Dame eso, Bill.

El gigante le entregó el paquete, el cual desapareció en uno de los bolsillos de Keenan.

Bruno intervino para decir:

—Ha terminado vuestro trabajo por esta noche. Salid vosotros antes —la orden había sido dirigida a Sullivan y Cook, quienes tras hacer un saludo con la cabeza, se retiraron.

Sullivan ganó una puerta que había al fondo y Gary salió tras él. Descendieron por una escalera y pocos instantes más tarde, se encontraban en el exterior.

—¿Qué hacemos ahora? —inquirió Maughan—. No volveremos a Los Ángeles a pie…

—Tenemos un coche en la planta baja.

Pocos minutos después, Gary conducía un «Ford» modelo 53, descapotable, llevando esta vez a su derecha a Sullivan. Durante la primera media hora de viaje ninguno de los dos dijo nada, pero cuando se acercaban a Los Ángeles, el agente creyó llegado el momento de sugerir:

—¿Vas a llevarme a dónde está Chiquita Gómez? Hemos pasado un buen susto y no nos vendría mal un poco de diversión.

—Yo me voy a la cama, pero la encontrarás en «El Búho».

—¿«El Búho»? ¿Qué es eso?

—El *cabaret* donde trabaja ella. Hace dos o tres números. Bastará que le digas que te envío yo. Lo demás corre de tu cuenta.

—Entendido. Otra pregunta. ¿Cuándo volveremos a salir?

—Ya te avisaré —respondió Sullivan—. Déjame en la puerta del hotel y cuando hayas terminado con Chiquita llevas el coche al Garaje Internacional, en la Avenida Washington. Alguien lo recogerá mañana a primera hora.

## CAPÍTULO VI

Gary entró en «El Búho». Era un establecimiento semejante a cualquiera de los de su género. Una pista pequeña donde bailaban cinco o seis parejas al ritmo que marcaba una orquesta de seis hombres situados al fondo del local. Un par de docenas de mesas distribuidas alrededor de la pista, y una barra ante la que se alineaban los taburetes, muchos de los cuales estaban ocupados por sempiternos bebedores.

Gary se sentó en uno de los taburetes, y, acodándose en el mostrador, pidió un *whisky* doble. Al hombre que le sirvió, un mestizo de pelo rizado y nariz chata, le preguntó:

—¿Está visible Chiquita?

—Ahora saldrá a cantar su número. Tendrá que esperar a que termine.

Gary meneó la cabeza de arriba abajo y se volvió hacia la pista con el vaso en la mano.

La orquesta acabó la pieza que interpretaba y los bailarines desalojaron el círculo central. Se apagaron las luces del centro y se encendió un reflector, en uno de los rincones. El haz de luz enfocó una puerta en cuyo vano se apoyaba una mujer de rara hermosura.

Gary le calculó unos veinticuatro o veinticinco años. Era de piel morena, ojos negros, cabellos como el ala de cuervo y labios muy rojos. Se cubría con un vestido de lamé oro muy escotado y ceñido que resaltaba las formas de su cuerpo esbelto.

El piano desgranó las notas de un ritmo lento.

Chiquita Gómez empezó a cantar. Su voz era suave, cálida. Habló de un hombre a quién quería no siendo correspondido por él. Ni más ni menos que cualquier otra canción del mismo estilo. Al poco rato se separó de la puerta y circuló por entre las mesas sin dejar de cantar. Los espectadores seguían con atención la interpretación de la bella.

Al fin, Chiquita terminó de lamentarse y una salva de aplausos rubricó su actuación. Inmediatamente, sin dejar de sonreír, se dirigió a la barra.

—Aquí la tiene —anunció el mestizo a Gary.

Chiquita se sentó dos taburetes más allá de donde se hallaba el agente.

—No lo ha hecho del todo mal —comentó éste, con voz carente de emoción.

La mejicana volvió la cabeza observando a quién se dirigía a ella.

El mestizo intervino para decir:

—Este caballero ha preguntado por ti. Chiquita.

—¿Y qué? —retrucó ella, con evidente mal humor—. No le conozco.

Maughan bebió un largo trago del vaso y después, sonriendo, indicó:

—Me envía Sullivan, ricura.

—¿Qué tienes que ver con Sullivan?

—Somos socios. El negocio le iba mal y me llamaron para que lo levantase.

—Sí, ¿eh? ¿Quién te crees que eres?

—He oído hablar mucho de ti, Chiquita.

—No será nada bueno.

—Todo lo contrario. Fue Lex Harris.

Gary observó que el rostro de la joven se ensombreció durante una décima de segundo.

—¿Conoces a Lex Harris?

—Seguro, ricura. Hemos pasado unas vacaciones juntos. Él es un admirador tuyo. Me encargó que te diese recuerdos suyos.

—¿Por qué, entonces, no lo has mencionado a él y has hablado de Sullivan?

—Lex no quería que los demás se enterasen de su envío. Me limito a cumplir como un amigo.

—Apuesto a que no sabes lo que es eso.

—Podemos hacer la prueba. ¿Quieres cenar conmigo?

—No vale el truco —Chiquita bajó del taburete y, levantando la barbilla con cierto aire de desafío, añadió—: Gracias por el encargo. Hasta la vista.

Se alejó de allí, desapareciendo por la puerta del fondo.

Gary pagó la consumición y agregó una buena propina, al tiempo que preguntaba al mestizo:

—¿Dónde la puedo encontrar?

—El tercer camerino del pasillo.

El agente cruzó la sala y se internó por un largo corredor con puertas al lado derecho. Puso la mano en el tercer picaporte y lo hizo girar, abriendo y pasando al interior sin que hubiese precedido a sus movimientos una simple llamada. Dos mujeres había dentro. Una de ellas era Chiquita Gómez. La otra, una rubia de unos dieciocho años, muy bonita, que vestía un traje sastre. Las dos mujeres miraron a Gary con sorpresa. El rostro de la mejicana mostró una gran indignación.

—¿Dónde te crees que estás? ¡Largo de aquí!

—Se me olvidaron un par de cosas, ricura —replicó Maughan, y al observar una silla, se acercó a ella, alegando—: Me sentaré aquí y me estaré quietecito hasta que terminéis vuestro asunto.

Chiquita se mantuvo indecisa unos instantes, pero al ver que la actitud de él era resuelta, volvió la cabeza hacia la rubia, diciendo:

—Márchate. Ya me hablarás mañana.

La joven gimoteó.

—No puede ser, Chiquita. Él quiere que nos casemos esta misma noche.

—¡Tendrá que esperar a mañana, Nancy!

—¡Es imposible! ¡Te lo juro, Chiquita! Si no me caso esta noche, no lo haré nunca. Es la condición que me ha impuesto. No tengo más remedio que cumplirla. Se trata de mi felicidad…

—¡Déjate de histerismos! Has de obedecer, Nancy. Ya sabes que todos queremos lo mejor para ti.

—Lo mejor para mí es Robert y si no lo tengo a él, nunca seré feliz.

Gary escuchaba atentamente el extraño diálogo entablado entre las dos mujeres. Observó a la rubia. En su tobillo izquierdo vio una pulsera de oro.

La voz de Chiquita adquirió ahora un tono de ligera violencia.

—Lo siento, Nancy, pero está decidido Habrás de esperar.

Hubo un prolongado silencio en la habitación. Los ojos de Nancy se humedecieron. Abrió los labios para decir algo, pero de su

garganta no brotó palabra alguna. Al fin movió la cabeza sin sentido, y, rápidamente, salió.

Entonces, la mejicana se enfrentó con Maughan.

—¿A qué par de cosas te referías? Pero será mejor que me digas primero tu nombre.

—Charles Cook —el policía señaló el teléfono que había sobre el comodín—. No seas tonta. Ya sé que habrás llamado informándote sobre mí. Supongo que habrá resultado buena la identificación.

—Un tipo listo, ¿eh?

—Un poco más que Lex Harris. El solo es un pobre muchacho fácil de moldear. Algo así como Nancy. Una ovejita descarriada.

—Es preferible que olvides lo que has oído aquí.

—Claro que sí, ricura. Ya está olvidado. Es mi lema. No meterme donde no me llaman. Sólo me interesas tú.

—¿Por qué?

—No sabes lo que es estar diez días entre rejas oyendo constantemente hablar de una mujer. De ti, Chiquita.

La mejicana sonrió, diciendo:

—Es una bonita historia, pero esta noche he de ocuparme de algo muy importante…

—¿Mañana?

—Es posible, pero llama por teléfono antes de venir, porque no sé si estaré. Un día de estos he de hacer una visita al abuelito.

Gary creyó llegado el momento de abandonar el campo y se dirigió a la puerta. Chiquita se acercó a su lado y lo retuvo, asiéndolo del brazo.

—Me gustas, Charles —murmuró quedamente, levantando la cabeza.

Quedó con los labios entreabiertos y él los besó sin poner mucho entusiasmo.

—Es mejor así —explicó Gary—. Tendremos tiempo para más.

Y salió del camerino dejando un poco asombrada a la hembra.

## CAPÍTULO VII

Habían pasado cinco días desde que Gary conoció a Chiquita Gómez en «El Búho». No la había vuelto a ver desde entonces. La llamó por teléfono repetidas veces, pero siempre escuchó la voz de un hombre anunciándole que la mejicana no se encontraba en la ciudad. Había insistido en hacer esta investigación, pues pensaba que la cantante la ayudaría a resolver muchas de las incógnitas que en aquel caso se planteaban.

En aquella primera semana de contacto con el «gang» de Bruno Colleano, sólo hubo de salir otras dos veces con Sullivan a realizar servicios parecidos al de la noche en que fueron perseguidos por la policía de Los Ángeles. Pero en estos últimos trabajos, todo se había deslizado normalmente. Ellos conducían un par de muchachos a la guarida de Bruno, donde éste se hacía cargo de los paquetes de que aquéllos eran portadores. El agente, aun cuando no había visto la mercancía de que se trataba, presumía que el asunto atañía al Departamento del Tesoro, máxime hallándose por medio Keenan Raymond, individuo fichado por su relación con la cocaína y otros estupefacientes.

Deseaba ver otra vez a Jean Harris, y al mediodía de la sexta jornada de su llegada a Los Ángeles, se encaminó al restaurante donde ella trabajaba.

Al sentarse a la mesa, la vio sirviendo muy cerca de donde se encontraba, y en la primera oportunidad que se le presentó, la llamó.

Jean le reconoció al instante.

—¿Qué desea, señor Cook?

—Quisiera hablar con usted. ¿Puede ser?

—Pienso que todo lo hemos hablado ya.

—No me guarde rencor. Al fin y al cabo, no tuve la culpa de lo que le ha ocurrido a su hermano. Ni siquiera lo conocía antes de

que el azar nos reuniese en Chicago.

Ella vaciló unos instantes y al fin, dijo:

—Salgo a las tres y cuarto. Espéreme en la calle. Gary asintió con la cabeza, y, a continuación, hizo el pedido del menú.

A la hora señalada se encontraba fuera, a poca distancia del restaurante, fumando un cigarrillo.

Jean se le unió, preguntando:

—¿Le parece que vayamos a alguna parte?

—No nos vendrá mal un poco de música mientras dialogamos.

Ella misma eligió un local donde una orquesta de «*jazz*» interpretaba ritmos rápidos.

Se sentaron ante una mesa y pidieron *whisky*.

—Bien —rompió el silencio ella—. Ya puede empezar.

Gary la miró fijamente a los ojos, inquiriendo:

—¿Habló alguna vez su hermano de lo que hacía con Bruno?

—No. Lex era muy reservado respecto a eso. Incluso peleábamos cuando pretendía seguir sus pasos. De todas formas, no me hacían falta sus informes para darme cuenta de que el sendero que pisaba sólo le conduciría al lugar en que actualmente se halla. Es lo que quise evitar a todo trance, sin conseguirlo. Ahora es ya demasiado tarde.

—¿Y si no lo fuera, Jean?

La joven enarcó las cejas, preguntando:

—Es usted bastante extraño, señor Cook. ¿Qué es lo que pretende?

—Simplemente ayudarla. Después de todo, Bruno puede prescindir de Lex. Tiene a su disposición a muchos como su hermano. Uno menos no se notará.

—¿De qué forma va a ayudarme?

—Sacando a Lex del atolladero. Para ello necesito que me dé algunos antecedentes. Siempre conviene tratar estos asuntos con un poco de diligencia. Conozco a su hermano y sé que es muy susceptible. Él no debe enterarse bajo ningún concepto de que yo pretendo arrancarlo de las garras de Colleano. De lo contrario, peligraría su vida y la mía.

—¿A qué clase de antecedentes se refiere?

—Usted me dijo que Lex fue conducido por Chiquita hasta Bruno. ¿Cuándo ocurrió eso?

—Hace cosa de un año. Lex, hasta entonces, se había comportado con toda normalidad. Era un muchacho que prometía, a juicio de los jefes de la empresa de exportación en que trabajaba. De pronta, cambió su carácter. Se hizo protestón, no cumplía en sus obligaciones como antes y… sobre todo, llegó a hacer algo que arruinó su porvenir. Se apoderó de una cantidad que no le pertenecía. Cien dólares. Era un dinero que los jefes le tenían confiado en calidad de depósito para compra de material de oficina. En cuanto los jefes se enteraron vinieron a casa a hablarme. No quisieron que les devolviese el dinero, ni siquiera ponerlo en conocimiento de la policía. Se limitaron a comunicarme la noticia y a rogarme transmitiese a Lex la orden de que no se presentase más a trabajar con ellos.

Jean hizo una pausa, evidentemente conmovida por el recuerdo.

—Lo siento —dijo Gary—. ¿Qué pasó después?

—Lex encajó muy mal mi sermón. Es muy susceptible, como usted ha observado, y creo que le produjo un efecto contrario al que yo esperaba. Se marchó de casa y no regresó sino al cabo de cuatro días para decirme que había encontrado nuevo trabajo y que ya que yo me bastaba a mí misma, era mejor que nos separásemos. Desde entonces apenas nos vimos una o dos veces por la calle y él siempre me rehuyó. Por ello un día le seguí hasta un *cabaret* llamado «El Búho». Allí lo vi en compañía de una mujer. Merced a una propina, conseguí saber que se llamaba Chiquita Gómez. Aproveché el instante en que Sese se quedó solo en la mesa para sentarme a su lado. Le pedí explicaciones y me contestó que se iba a casar con Chiquita, a quién conocía desde hacía trece o catorce meses. Aproximadamente, desde la fecha en que al decir de los Jefes que lo habían despedido, empezó a faltar a su deber. No pude disuadirle de su decisión. No me valió alegar que la mejicana le llevaba unos cuantos años de edad y que la vida de ella no armonizaba con la forma de ser de él. Lo cierto es que salí de allí con el convencimiento de que había perdido a mi hermano para siempre. Aún hice un último esfuerzo, acudiendo al único amigo que había tenido Lex. Se llamaba Jerry Bates. Figúrese mi sorpresa cuando me encontré con que Jerry pertenecía también a la banda de Colleano. Mi última esperanza se desvaneció en aquel instante.

—¿Qué clase de trabajo hacían Lex y Jerry para Bruno?

—¿Acaso usted no lo sabe? ¿No es usted uno de ellos?

—Mire, Jean, llevo muy pocos días con Bruno. He venido del Este y me pagan por conducir un coche, pero ignoro totalmente la clase de negocio en que estoy metido.

—Yo tampoco lo sé concretamente, pero estoy segura de que no existe ley que no violen.

—Sí, yo apostaría doble contra sencillo a que están mezclados en la mayor parte de los robos que se cometen en este territorio, así como que están relacionados con tráfico de estupefacientes, pero hay un punto que me interesa mucho más.

—¿Cuál? —preguntó la joven, aceptando un cigarrillo del paquete que él había sacado.

—La trata de blancas.

Un fruncimiento apareció entre las dos cejas de Jean.

—¿Qué tiene eso que ver con usted, señor Cook?

—No quiere tener contacto con el
F. B. I.
Estoy ya fichado por ellos, y si vuelven a echarme el guante, lo menos que me harán es expulsarme de los Estados Unidos privándome de la nacionalidad.

—Por un momento he llegado a creer que su actitud se debía a que estaba arrepentido de lo que hasta ahora ha sido su vida.

Gary eludió la contestación bebiendo un trago de *whisky*. A continuación frotó un fósforo y acercó la llama al cigarrillo que la joven había puesto entre sus labios. Encendió él también, y luego de arrojar una bocanada de humo, murmuró:

—¿Qué me dice de la trata?

—Lo que yo pueda decir no son más que presunciones. Sepa que mi hermano había estado con Chiquita Gómez en un lugar de la costa. Precisamente cuando el *cabaret* de que le hablé antes tenía cerradas sus puertas por una resolución judicial. Me encontré con Jerry Bates y le pregunté por Lex. Me contestó que estaba tomando los aires del mar en Los Robles. Conseguí que un cliente del restaurante me llevase allí en su coche. Una vez llegamos, no me fue difícil averiguar que mi hermano se encontraba en un chalet de la playa. Di una vuelta por los alrededores al oscurecer y me acerqué a una tapia. Pude oír risas y voces femeninas. El ladrido de un perro me obligó a huir rápidamente. Me alojé aquella noche en

un hotel del pueblo y cuando al día siguiente por la mañana volví a acercarme al chalet, encontré la puerta del jardín abierta y a un hombre cerca de ella. Con un poco de habilidad, pude interrogarle por espacio de unos minutos, llegando a la conclusión de que allí no quedaba nadie.

Gary dijo:

—Pudo haberse celebrado una fiesta la noche anterior. Quizá los invitados regresaron aquella misma noche a Los Ángeles.

—Es posible. Ya le he advertido antes que se trataba de presunciones.

—Comprendo.

El agente se quedó en actitud pensativa durante un rato. De pronto, ella dijo:

—He de marcharme ahora. Me esperan.

—¿Su novio, acaso?

—Sólo un amigo —repuso ella, levantándose.

Salieron a la calle, y Gary acompañó a Jean hasta la más próxima parada de autobús.

Estaban en la cola cuando un vendedor de periódicos se acercó por la acera, voceando:

—¡Horroroso crimen en Tucson! ¡Una mujer acuchillada en pleno campo!

Gary adquirió el diario.

En la primera página se insertaba una foto de la víctima. Le recordó inmediatamente otras que había visto apenas hacía una semana. Era una rubia. Le habían tapado la boca con un trozo de algodón. Su vestido sastre estaba manchado de sangre y destrozado. Aparecía encogida con las manos atadas a la espalda, ligeramente acostada de lado, sobre la hierba. Por ello su cara era difícil de reconocer.

Pero había algo en la muerta que la hacía inconfundible para él. Una pulsera de oro en el tobillo izquierdo.

## CAPÍTULO VIII

La voz de Jean lo sacó de su abstracción.

—¿Qué piensa hacer respecto a Lex, señor Cook?

—¡Oh, sí! —respondió el agente, doblando el periódico—. No tiene que preocuparse a partir de ahora. Creo que podré devolvérselo a usted sano y salvo.

Al hablar así, Gary pensaba que, pasada otra semana, Lex sería puesto en libertad en Chicago, en cuyo caso, al seguir él en Los Ángeles, Clark Hunter se encargaría de ordenar su detención, con lo que quedaría apartado del «gang» de Bruno hasta que fuese destruido.

—No sé por qué, me inspira usted confianza —declaró ella.

Maughan sintió que pisaba un terreno resbaladizo. Era cierto que pretendía ayudar a Jean en el asunto de su hermano, pero no lo era menos que la había engañado, presentándose ante ella bajo un disfraz con el fin de conseguir su colaboración.

El autobús se detuvo y la gente empezó a subir.

—Gracias por lo que va a hacer, señor Cook —dijo la hermosa joven, despidiéndose.

Gay estrechó la mano que le tendía, replicando:

—Quisiera dejarle constancia de algo, Jean.

—¿A qué se refiere?

—A que por encima de lo que yo sea, voy a ayudarla porque usted también me inspira… cierto afecto.

Las mejillas de Jean se colorearon.

El hombre que había delante de ellos subió al autobús.

—¡Adiós, señor Cook! —exclamó la muchacha, de pronto. Y saltó ágilmente al estribo.

Gary levantó la mano y la dejó en el aire hasta que el autobús hubo doblado por una calle transversal.

Inmediatamente se metió en un bar cercano y encerróse en la

cabina telefónica. Llamó a Harry Wells y le invitó a que acudiese en su busca, para lo que le dio la dirección del lugar en que se encontraba.

Esperó a su compañero sentado a una mesa con un vaso de *whisky* delante y leyendo la información del crimen de Tucson.

Harry apareció media hora más tarde y vaciló, mirando la escasa concurrencia del establecimiento, antes de sentarse junto a su compañero.

—¿No te habrán seguido, Maughan?

—¡Al diablo! —rezongó Gary—. ¿Crees que soy un párvulo? Podemos hablar.

—Supongo que será de alguna cosa importante.

—Lo es. Han encontrado una rubia asesinada en Tucson.

—Yo también leo los periódicos. No tengo otra cosa que hacer desde que puse los pies en esta condenada ciudad.

—Magnífico. Te he llamado porque quiero ir allá.

—¿A Tucson?

—Sí, me largaré enseguida y quiero ponerte al corriente.

—¿Qué demonios te ocurre? Diariamente son muertas muchas rubias en el país. ¿Vas a establecer una relación entre cada una de ellas y los pachucos?

—Esta de Tucson la tiene.

—¡Imposible! ¡Si ni siquiera ha sido identificada! Al menos las otras tres residían en la localidad donde fueron hallados sus cadáveres. La rubia de Tucson es una desconocida para la policía de allí.

Maughan bebió un trago de licor y luego dijo:

—No lo es para mí, Harry. Yo sé quién es esa muchacha.

—¿Tú?

—Se llamaba Nancy y la vi en Los Ángeles la primera noche que trabajé para Bruno Colleano. Quería casarse con un tal Robert, y Chiquita Gómez se lo quiso quitar de la cabeza. Nancy insistió alegando que Robert no se casaría jamás con ella si no lo hacían inmediatamente.

—¿Crees que vas a adelantar algo yendo allá? Yo en tu lugar pondría en conocimiento de todo a Hunter y le pediría carta blanca para empezar a detener a esta gentuza.

—Sería como pretender aprisionar una nube. Antes de que te

dieses cuenta se te escaparían de entre las manos. Yo podría haber sacado el revólver sorprendiendo a Colleano con uno de los paquetes que le entregan esos muchachos a quienes recojo en las carreteras de los alrededores, pero ni siquiera me lo agradecerían los
«T-men».
Me censurarían por no haber llegado a sus fuentes de aprovisionamiento. Respecto a nuestro Departamento, ¿qué podemos alegar que interese a un fiscal? Se reirían de nosotros. ¿Qué una joven llamada Jean Harris nos ha contado una historia sobre una supuesta trata de blancas? —Gary hizo una pausa—. Convéncete, muchacho. La fruta no está madura y hemos de dejarla unos días más en el árbol.

—¿Cuánto tiempo vas a estar en Tucson?

—El indispensable. Tú informa a Hunter sobre el particular y dile que si no estoy de vuelta en un plazo prudencial, puede jurar a Edgar Hoover que los pachucos están mezclados en delitos contra leyes federales.

—¿Qué hago yo, entretanto?

—Habrás de permanecer el máximo de tiempo posible en tu apartamento. Come, vive y duerme, pero procura no salir. Te puedo necesitar en cualquier instante.

De súbito, le vino a la memoria la causa de que los de su promoción hubiesen hecho el vacío a Harry. ¿Tendrían razón? Si era así, ¿hasta qué punto podría confiar en Wells, si se encontrase en un apuro? Prefirió no responder a tal pregunta.

Dejó sobre la mesa el dinero para pagar lo consumido y se levantó de la silla, diciendo:

—He de irme ahora, Harry. Necesito alquilar un coche.

—Sal tú primero. Yo me quedaré un rato.

Gary sonrió ante las precauciones que adoptaba su compañero.

Ya en la calle, abrió de nuevo el diario por la página de anuncios clasificados y buscó una casa que se dedicara al alquiler de autos. Eligió la primera dirección que encontró y se hizo conducir a ella en un taxi.

Media hora más tarde, salía de Los Ángeles, rumbo a Tucson, conduciendo un descapotable color canela, modelo «Ford» 3.

Deteniéndose únicamente para reponer gasolina, pudo llegar a

Tucson a primeras horas del día siguiente. Preguntó a un agente de la circulación por la comisaría y minutos después estacionaba el descapotable ante un edificio parduzco, bajo cuyo techo se cobijaban los representantes de la ley.

Al alegar a un policía de guardia que su visita estaba relacionada con la rubia asesinada, no tardó en ser pasado al despacho del teniente Douglas Smith, un hombre de recia musculatura, cara ancha, de ojos soñolientos y cabellos de estopa.

—¿Quién es usted? ¿Cómo se llama?

—Gary Maughan.

—¿Por qué la mató? —Douglas le apuntó con el dedo como si fuese a dispararlo—. Viene a confesar, ¿eh?

—Yo no lo hice, teniente. Estaba a unos cuantos centenares de millas de aquí.

—Déjese de cuentos, Maughan. Nadie le va a oír excepto yo. Ya ve que estamos solos.

Gary observó que la llave del dictáfono estaba abierta. Lo señaló con la mano, sugiriendo:

—¿Por qué no cierra ese chisme, teniente Smith?

Douglas se quedó un poco sorprendido y al fin hizo una mueca de disgusto, aceptando la sugerencia de su visitante.

—Soy un agente del
F. B. I.
—declaró Maughan.

Smith abrió unos ojos como platos.

—¿Del
F. B. I.?
¿Qué tiene que ver con lo que se ha cocido aquí?

—Puede que más de lo que usted se cree.

—Bueno, eso tendrá que demostrarlo.

Gary sacó unas hojas de papel de un bolsillo secreto del cinturón y lo alargó a su interlocutor. Éste cogió ávidamente el papel y, tras leerlo, lanzó un suspiro diciendo:

—Esto sólo me pasa a mí. Está bien, supongo que me va a pedir colaboración. ¿Qué quiere saber?

—Todo cuanto esté relacionado con la joven asesinada.

Smith lanzó una carcajada.

—¿Es sólo eso? Pues la ha hecho buena, colega.

Hasta el presente no sabemos una sola palabra.

Gary se frotó la barbilla en actitud pensativa y al cabo de un rato, preguntó:

—¿Es posible que no haya sido vista por alguien antes de ser asesinada?

—Hemos hecho todas las gestiones oportunas y hasta el presente han resultado infructuosas a ese respecto.

—Probablemente se alojaría en cualquier hotel de tercera categoría, cuyo dueño no querrá saber nada de esto.

El teniente meneó la cabeza de arriba a abajo.

—Quizá esté en lo cierto, pero ¿qué podemos hacer? En esta ciudad hay gentuza, como en todas partes, que sólo el oír la palabra policía le produce náuseas.

—Bien, teniente. Resulta paradójico, pero lo cierto es que soy yo quien colabora ahora con usted. La chica se llamaba Nancy y procede de Los Ángeles.

Smith se quedó un rato sorprendido y, de pronto, pegó una palmada sobre la mesa.

—¡Estupendo, Maughan! ¡Eso ya es algo! No sabe cuánto celebro se haya dejado caer por aquí.

Se oyeron voces destempladas fuera del despacho y la puerta se abrió de golpe, apareciendo un hombre al que sujetaba un policía.

—¡Le he dicho que el teniente está ocupado! —barbotaba éste.

Smith se levantó de la silla.

—¿Qué ocurre, Pat?

—Este tipo. Dice que quiere verle a usted y, al parecer, tiene prisa.

—¡Ha de escucharme enseguida, teniente! —exhortó el alborotador, un hombre joven, de unos veinticinco años.

—Poco a poco, muchacho —dijo Smith—. Estamos trabajando. Cada cosa ha de guardar su turno. Lléveselo, Pat.

—¡Espere, teniente! —exclamó Gary. Y se enfrentó con el desconocido—. ¿Cuál es su nombre?

—Robert Kelly.

Maughan miró escrutadoramente el rostro de Kelly y luego indicó al policía que lo sujetaba:

—Márchese, Pat. Kelly se queda con nosotros.

—¿Eh? —rezongó el aludido.

Preguntó con la mirada al teniente lo que debía hacer, recibiendo una expresiva respuesta:

—¡Maldita sea! ¿Es que no lo has oído? ¡Lárgate!

Pat se marchó hecho un lío, cerrando a sus espaldas.

—¿Cuándo vio por última vez a Nancy, Kelly? —preguntó Gary.

## CAPÍTULO IX

Robert Kelly frunció el ceño mirando a quién le interrogaba.

—¿Me conoce? —retrucó.

—Sé que era el prometido de Nancy. La oí hablar de usted. Conteste ahora a mi pregunta.

—La vi por última vez hace seis días. Fue por la noche. Habíamos quedado citados para casarnos.

—Lo sé. ¿A qué hora, más o menos, se despidió de ella?

—Serían las diez y media.

Maughan dijo pensativamente:

—Yo la vi después que usted.

En aquel instante, el teniente dio un chillido.

—¡De qué demonios está hablando! ¡Es como si fuese chino para mí!

—El señor Kelly se iba a casar con la víctima, teniente.

—¿Es cierto? ¡Estupendo!… Pero eso ya lo oí antes —Smith sonrió a Gary enseñando los incisivos y preguntóle—: ¿Quiere dejarme que dirija la orquesta,
G-man?

Maughan se sentó de nuevo y dejó que el teniente realizase el interrogatorio corriente de un caso criminal.

En resumen, Kelly declaró haber conocido a Nancy Lovejoy seis meses antes en Los Ángeles. Que salió un par de veces con ella y que se enamoraron mutuamente. Sabía muy poco respecto a ella. Le había dicho que no tenía familia y que vivía con un tío suyo de muy mal genio, por lo que era preferible mantener en secreto sus relaciones, ya que corría el peligro de ser desheredada.

Sólo se veían una o dos veces por semana y sus encuentros eran muy cortos. Ella alegaba que tenía que dejarlo inmediatamente. Kelly, no pudiendo resistir más la situación, le pidió que se casase con él. Se marcharían de Los Ángeles para establecerse en su pueblo

natal, en Nuevo Méjico, donde su padre tenía un negocio de cordelería. Esto ocurrió la noche en que se separaron para no volverse a ver más. Nancy quiso demorar la respuesta, pero él resolvió terminar en uno u otro sentido, contaminándola a una decisión rápida. Nancy accedió en principio y dijo que tenía que volver a casa de su tío para despedirse y comunicarle la resolución de marcharse de su casa. Quedaron citados para verse a las dos de la madrugada. Él había telefoneado al juez de paz anunciando llegarían a esa hora a celebrar la boda. A las seis cogerían el autocar que los conduciría a Nuevo Méjico. Empero, ella no acudió a la cita y Kelly pensó que se habría echado atrás decidiendo a última hora no casarse con él.

—Eso es todo —concluyó su relato el joven—. Ayer vi la fotografía de Nancy que insertaban los diarios y no lo pude creer. Tuve que hacer verdaderos esfuerzos para convencerme de que era ella. Ahora comprendo que yo mismo provoqué su horrible muerte.

—No tiene que lamentarse —repuso el teniente—. Ahora le echáremos el guante al que lo hizo y apuesto a que el tío de ella tendrá algo que decirnos respecto al asesinato.

Gary intervino para decir:

—Puede tener la seguridad, Smith, de que no encontrará a ningún tío de Nancy en Los Ángeles.

El teniente hizo la misma mueca que si le hubiesen puesto un arenque ante las narices.

—¿Cómo lo sabe?

—Simple corazonada, Smith —Maughan se levantó, alegando—: Bueno, yo no tengo nada que ver aquí y hago falta en otro sitio.

Smith se incorporó, sonriendo victoriosamente.

—Lo siento de verdad, Maughan. Hoy no es su día de suerte.

Cambiaron un apretón de manos y el agente del F.B.I., se dirigió a Kelly, diciendo:

—El teniente dará con el asesino de su novia. Puede tener esa seguridad.

Kelly emitió un sonido ininteligible e inmediatamente Gary abandonó el despacho.

Una vez en la calle, se metió en el descapotable y pisó el embrague, aparcando frente al edificio de la comisaría, donde había un bar.

Ocupó una mesa al lado de una ventana desde donde podía observar la otra acera, y pidió un *whisky*.

Había ingerido el contenido de tres vasos y fumado tres cigarrillos cuando vio aparecer a Robert Kelly.

El joven se introdujo en uno de los coches que había cerca del edificio policíaco y, poco después, aquél se deslizaba por la calle asfaltada.

Gary pagó la consumición y salió rápidamente del bar, siguiendo en el descapotable al vehículo de Kelly. Éste se detuvo ante el hotel de «Los Tres Reyes». El G-man lo alcanzó en el vestíbulo.

—¿Qué tal, señor Kelly?

—¡Oh! ¿Usted por aquí?

—Quisiera hablarle. ¿Le parece que bebamos unas copas aquí mismo?

Robert no puso inconveniente e instantes más tarde se encontraban sentados en torno a una mesa del rincón, ante dos «Martinis».

—¿Cree usted de verdad, señor Maughan, que el teniente va a descubrir al asesino de Nancy?

—Es posible que yo esté en mejores condiciones que él para realizar ese trabajo.

—¿Es cierto que es usted del F.B.I.? El teniente me lo dijo cuando usted se fue.

Gary sonrió, pensando en los celos profesionales con que les obsequian los policías locales.

—Sí, pertenezco al F.B.I. Esto le dará una idea de la trascendencia de cuanto se relaciona con su prometida. Necesito que recuerde cuántos detalles puedan ayudarme a proseguir mi investigación. Pero no sería justo que le silencie lo que ahora debe saber, puesto que Nancy está muerta.

—Descuide. Ya nada me puede hacer daño. Ahora sólo quiero que el asesino salde su cuenta por encima de todo.

—Nancy trabajaba para un peligroso «gang» de Los Ángeles.

—Tenía el presentimiento de que me escondía algo.

—Yo creo —prosiguió Gary—, que su labor era de simple enlace. Es decir, que desconocía la importancia de la misión que le era

confiada. Hay muchas personas que están relacionadas de la misma forma con la pandilla de que le hablo. Le explico esto para que me indique sí, a través de sus conversaciones, en los seis meses que la conoció, pudo oír alguna cosa o retener algún detalle que encontrase sospechoso…

Kelly se quedó pensativo durante unos minutos.

—Realmente se mostraba muy circunspecta acerca de su vida. Era terriblemente reservada. No acostumbraba a comentar nada que se relacionase con ella.

Maughan dio un suspiro, diciéndose que tampoco adelantaría nada.

De repente, Kelly hizo chasquear los dedos.

—¡Espere!… ¡Hay algo que me va por la cabeza! —Transcurrió un minuto que al agente del F.B.I., pareció una eternidad—. Fue hace cosa de un mes y medio o dos meses. Nancy y yo nos encontrábamos viendo una función de teatro. ¡Eso es! ¡En el Palladium! Mary Martin representaba el «Peter Pan». En un momento de la obra observé que la mano de Nancy me apretaba convulsivamente. Duró un segundo, pero aquello me sobresaltó tanto que quise averiguar a qué se debía. Al preguntarle qué pasaba, me contestó que había sentido frío en la espalda. Acepté la respuesta, pero la espié a partir de aquel momento. Minutos más tarde noté cómo la mirada de ella resbalaba hacia un palco donde había un hombre y una mujer. El aspecto de ambos era brillante tanto por su indumentaria como por las joyas que mostraban. En el entreacto salí al vestíbulo y descubrí al hombre en una conversación con alguien de su misma edad, unos cuarenta años. Me acerqué distraídamente y pude oír que el del palco se llamaba Shore. Ello me tranquilizó, ya que por un momento había pensado que debía de ser el tío de Nancy. Regresé junto a ella y ya en el resto de la función no volvió a ocurrir nada de particular.

—¿Recuerda a la mujer que acompañaba a Shore?

—Era muy hermosa y le calculé unos treinta años de edad.

—¿Tenía el cabello negro y la piel morena?

—No; el pelo era más bien castaño y su carne muy blanca.

Gary había creído que la pareja de Shore sería Chiquita Gómez. Preguntó de nuevo:

—¿Nunca acompañó a Nancy hasta su casa?

—Jamás. Fue la condición que me impuso para continuar saliendo conmigo. Yo estaba muy enamorado y le prometí respetar su deseo.

Hubo un silencio durante el cual bebieron el contenido de los vasos.

Se levantaron y Gary estrechó la mano de Kelly.

—Siento no haber respondido a sus esperanzas, señor Maughan.

—Quizá me haya ayudado más de lo que usted cree, Robert. Yo me vuelvo a Los Ángeles. ¿Qué va a hacer usted?

—Me quedaré hasta esta tarde. Inmediatamente después que la entierren, regresaré también a California.

—¿Me quiere dar su dirección en Los Ángeles? Es posible que lo vea pronto.

Kelly le indicó su domicilio, y minutos más tarde el agente volaba en el coche alquilado por la carretera que conducía a Los Ángeles.

# CAPÍTULO X

Gary detuvo el coche ante una estación de gasolina, dentro del Estado de California. Mientras le abastecían de combustible, se introdujo en la cabina telefónica y llamó al hotel en que se hospedaba Harry Wells.

—¿Harry? Soy Gary. Todo marcha bien.

—¡Maughan! ¡Por todos los infiernos! ¡Al fin oigo tu voz!

—¿Qué te pasa, muchacho? ¿Te han contratado los de la «Metro»?

—Déjate de bromas y escucha esto: Lex Harris ha salido de la cárcel de Chicago.

—Bueno, ¿y qué? Hunter habrá entrado en acción.

—¡Ni lo pienses; él es quien me lo ha comunicado! La cosa ha ocurrido así: Un abogado de Chicago consiguió sacar a Lex antes de que cumpliese la condena y cuando Hunter recibió el aviso, era ya demasiado tarde. Lex se había esfumado y se ignora su paradero.

—Gracias por el informe.

—¿Sólo se te ocurre eso? Esto arruina tus planes. Apuesto a que el muchacho aparece en cualquier momento en Los Ángeles. Hunter ha ordenado abandones inmediatamente el caso.

—No puedo, muchacho. La olla va a empezar a hervir y me gustará ver qué clase de guiso hay dentro de ella.

—Es una locura, Gary. No lo hagas.

—Será mi destino. Métete en la cabeza esto: No te apartes del teléfono y dile a Hunter que te mande un par de hombres en avión. Es posible que os necesite antes de diez horas. Utiliza inmediatamente el micro y consigue de Hunter una información sobre un tal Shore, residente en Los Ángeles. Date prisa porque el viejo tendrá que llamar a su vez a la policía californiana. Te volveré a llamar. Buena suerte.

Maughan colgó el auricular antes de que llegase a sus oídos la

nueva protesta que había iniciado Wells.

Durmió un par de horas en el camino, sacando el coche de la carretera, y eran las once de la noche cuando entró en la habitación que compartía con Sullivan. Éste se hallaba tendido en su cama.

—¿Qué tal va eso, Bill? —preguntó el agente, al entrar.

Sullivan no se movió, fijando en su rostro una fría mirada.

—¿Dónde has estado, Charles?

—Lo de siempre. Se me cruzaron en mi camino un par de pantorrillas. Tenías que haberlas visto.

Hubo un silencio. Gary se despojó de la chaqueta y se ablucionó en el lavabo. Mientras se secaba la cara, la mano de Sullivan le hizo volverse violentamente.

—Te he preguntado a dónde has ido, Charles.

—Está bien. Estuve en Los Robles. La chica en cuestión me dijo que era un buen sitio para vivir un romance.

Los ojos del gigante brillaron extrañamente.

—¿Cómo se llama ella?

—Olga… Olga Kerriman.

Sullivan se había estremecido ostensiblemente.

—No has debido hacerlo, Charles.

—¿Acaso me habéis necesitado?

—No, pero ha podido ocurrir.

—¿Y esta noche? ¿Tenemos trabajo?

—Sí, hemos de estar a las tres de la madrugada en cierto lugar. Yo me voy. Te he estado esperando hasta ahora porque no quería dar un informe malo de ti a Colleano. Acude a las dos al Garaje Internacional. Pero no falles. Sería peligroso… para ti.

—Descuida, Bill. Tengo más interés que tú en prestar mis servicios a Bruno.

Bill salió de la habitación dando un portazo.

Maughan terminó de secarse y empezó a silbar una canción.

Estaba poniéndose la chaqueta cuando dieron unos golpes suaves en la puerta.

Al abrirla encontró en el umbral a Jean Harris.

—¡Ah! Hola, ¿qué tal, Jean?

—Al fin le encuentro, ¿quiere dejarme pasar?

Gary le franqueó la entrada y cerró, diciendo:

—Al parecer, son muchas las personas que me han buscado hoy.

La joven se humedeció los labios y murmuró:
—Está aquí, señor Cook.
—¿Quién es el que está aquí?
—Lex, mi hermano. Me ha llamado por teléfono al restaurante.
—¿Cuándo ha sido eso?
—Hace apenas una hora. Vine aquí, pero no había nadie.
—¿No estaba Sullivan?
—Él se quedó en el restaurante, donde entró poco antes de las nueve.
El agente pensó que Sullivan no había tenido tiempo aún de enterarse de que Lex se hallaba en Los Ángeles.
—¿Qué le ha dicho él?
—Me ha pedido dinero. Quiere huir esta misma noche en un barco que sale para Brasil. Debe de haberse escapado de la cárcel, señor Cook. A las doce he de encontrarme con él en un bar de las afueras. He de llevarle mil quinientos dólares.
Maughan dio unos pasos por la habitación, pensativo. Al fin, se detuvo, manifestando resuelto:
—Está bien. Iremos los dos.
—¡Pensará que lo he traicionado!
—Escuche, Jean. —Gary la asió por los brazos—. Su hermano necesita ayuda inmediata y no precisamente en metálico. Ha llegado el momento de que decida a qué parte de la divisoria se quiere colocar para el resto de su vida. Es posible que con el dinero de usted logre escapar de Bruno y sus pandilleros, pero puede estar segura de que es un muchacho que en cualquier país, sea cual sea el que elija para su estancia, estará predispuesto a ser presa fácil de aventureros e individuos sin escrúpulos. ¿Qué importa que lo mate una bala de Colleano o la de otro bandido? Creo que lo que interesa ahora es conseguir que escape de toda clase de balas.
—Tiene usted razón, Charles…
El agente la palmeó amistosamente y salió con ella del apartamento.
El local elegido por Lex Harris para que su hermana le entregase el dinero se llamaba «El Ratón Ciego», y estaba situado en una de las barriadas del Este de la ciudad.
Cuando entraron, un público chillón llenaba la sala envuelta en humo.

Dieron unas vueltas sin que Jean diese con su hermano. En vista de ello se acercaron al mostrador y Gary pidió al hombre que lo atendía dos *whiskies*. Cuando iba a pagar el servicio al mozo, el agente enrolló unos billetes en el dedo índice y dijo:

—Deseamos hablar con Lex Harris.

El otro, un robusto individuo de ojos saltones, observó los billetes y repuso:

—Suban al primer piso, escalera del fondo, en la segunda habitación del corredor. Es posible que encuentren lo que buscan.

Los dos jóvenes siguieron la dirección señalada, y al llegar ante la puerta de referencia, Gary la abrió de un tirón.

Lex Harris, acodado en una mesa, ante una botella de *whisky* y un vaso, se levantó sorprendido y echóse hacia atrás, intentando sacar algo del bolsillo interior de la chaqueta. Maughan fue rápido y lo sujetó férreamente.

Jean entró y cerró la puerta.

—¡Traidora! —barbotó el muchacho.

—No, Lex —repuso su hermana—. Hemos venido para ayudarte.

Gary le quitó la pistola y se la guardó en el bolsillo, dejándolo libre después.

—¿Has traído el dinero? —preguntó Lex.

—Lo ha traído, sí, pero tú no vas a ninguna parte.

—¿Quién es usted? ¿Qué tiene que ver con Jean?

—Con Jean nada. Contigo, bastante.

Lex hizo un gesto de hastío.

—¿Qué es lo que habla? ¡Si en mi vida lo he visto!

—Soy un agente del F.B.I. Estoy realizando una investigación acerca de las actividades de Bruno Colleano.

Lex apretó los dientes rabiosamente.

—Uno de la «bofia», ¿eh? —Miró a su hermana, añadiendo—: Conque no era una traidora…

Saltó con ánimo de abofetear a Jean, pero Gary le sujetó la mano en el aire y le retorció la muñeca.

El muchacho dio un aullido de dolor y se desplomó de rodillas en el suelo.

Jean se volvió de espaldas, sollozando. Durante unos minutos se impuso el silencio en la estancia.

Lex se levantó frotándose la muñeca.

—¿Quieres colaborar conmigo, Lex? —inquirió Maughan.

—¿Con usted? Antes me dejaría cortar las dos manos.

—Quieres ser fiel al juramento de los pachucos, ¿verdad, muchacho?

Lex enarcó las cejas, sorprendido.

—¿Qué sabe usted de eso?

—Más de lo que tú te puedas imaginar. Por ejemplo, que tú y varias docenas de muchachos de tu edad, habéis sido engañados por esos *gangsters* para que les saquéis las castañas del fuego. ¿Es que no te has dado cuenta de ello? Hacéis de títeres, de muñecos. Os limitáis a obedecer sus órdenes y ellos no hacen otra cosa que sacrificaros cuando necesitáis su ayuda.

—¡Eso no es cierto!

—¿No? ¿Por qué, entonces, te han dejado permanecer en la cárcel de Chicago por un miserable robo de diez dólares?

—Fue cuenta mía. Ellos no tuvieron nada que ver con esto.

—Si es así. ¿Por qué quieres huir?

—A nadie le importa lo que yo haga.

—A tu hermana y al
F. B. I.,
les importa. Y yo te voy a decir por qué pretendes escapar. Le tienes miedo a Colleano. Eso es lo que te pasa. Tiemblas sólo de pensar que te puedan mirar sus ojos. Robaste diez dólares y temes las represalias que pueda adoptar Bruno. Has llamado traidora a tu hermana porque quiere sacarte de la ciénaga en que te has hundido…

Lex lanzó un escupitajo al suelo y masculló con ojos centelleantes:

—No quiero escuchar a un sucio policía.

Su puño derecho chocó contra la mandíbula de Gary, quien sorprendido por el ataque fue a estrellar sus espaldas en la pared.

El muchacho fue a repetir el golpe, pero el agente reaccionó de una forma rápida y contundente. De un terrible izquierdazo lo envió al suelo, donde quedó inerte.



*De un terrible izquierdazo lo envió al suelo*

Jean Harris soltó una exclamación de horror.

—Lo siento —dijo Gary—. No he tenido más remedio que hacerlo. Ahora no escapará. Lo meteremos en un taxi y se lo llevará a su casa.

Ella le miró con ojos envueltos en una pátina húmeda.

—¿Es así cómo lo ha arreglado usted?

—Le repito que es la única oportunidad que él me ha dado.

—Se ha divertido a mi costa. Me ha engañado de la peor manera.

—Pensaba decirle lo que yo era realmente, Jean. Ha de creerme.

—No, no lo puedo creer. Usted no tiene corazón. No le importa nada ni nadie con tal de conseguir lo que se propone. Me ha utilizado como cebo para dar con mi hermano y yo creía que realmente sentía afecto por mí…

—Eso es verdad. Lo de usted es completamente ajeno a la razón que me impulsó a adoptar una personalidad que no me pertenece.

—Ahórrese la nueva historia. Usted necesita a mi hermano para cazar a los demás. Él es la presa de reclamo. Pero esta vez le va a fallar el tiro, señor Cook o como se llame.

—¿Qué es lo que va a hacer, Jean?

—Daré los mil quinientos dólares a Lex para que se vaya adonde quiera. ¿Piensa acaso impedirlo?

—No; su hermano es un ciudadano libre de ir adonde se le antoje, si es que el Departamento de Inmigración no le pone obstáculos. Pueden hacer lo que quieran. Pero lo lamento por usted y por él. Había pensado en un porvenir distinto para los dos.

—Márchese ya.

—Sí, ahora me voy, pero antes quiero decirle que me llamo Gary Maughan y que si alguna vez necesita de mí, no vacile en buscarme.

Lex empezó a dar señales de recobrar el conocimiento y cuando se levantó, sólo encontró en el reservado a su hermana.

## CAPÍTULO XI

Gary discó una vez más el número del teléfono que correspondía al hotel en que se hospedaba Harry Wells. En cuanto descolgaron al otro lado, inquirió:

—¿Qué tal, muchacho?

—Por el amor de Dios, Gary, ¿dónde estás?

—En un lugar de California. ¿Qué hay de Shore?

—¡Que me emplumen si te entiendo! Tienes a la peor gentuza pisándote los talones y todavía te quedan ganas de broma.

—Suelta el grifo.

—De acuerdo, pero tienes donde elegir. Hay tres Shore en la ciudad y ante la duda de a cuál de ellos te referías, me he hecho con la biografía de los tres… Te advierto que el viejo ha tenido que mover todos los resortes…

—¿Quieres empezar de una vez?

—Jack Shore, de treinta y dos años de edad, natural de Los Ángeles, casado, con tres hijos, pianista de «El Pingüino».

—¡Vete al diablo!

—¿No te gusta? Pues otro: Mervin Shore, de cuarenta y cinco años de edad, natural de Fresno, casado, sin hijos, subdirector de los almacenes «Todo para el niño».

—Háblame del tercero.

—Foster Shore, cuarenta y siete años de edad, soltero, nacido en Filadelfia, residente durante los últimos cuatro años en Los Ángeles, frecuentes viajes, presidente de una Asociación benéfica, poseedor de dos coches de lujo y socio de los cinco clubs más importantes de la ciudad; le gusta divertirse de vez en cuando.

—Es nuestro hombre, Harris. ¿En qué lugares se divierte?

—Frecuenta todos los salones de fiestas de Los Ángeles donde siempre es bien recibido por las cuentas que paga.

—Eso está bien, muchacho. Ha sido un gran trabajo. Gracias.

—Oye, Gary, no cuelgues. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Beberme tres *whiskies* para estimularme y poder asistir al gran baile de la temporada. Pon atención: A las dos de la madrugada he de estar en el Garaje Internacional de donde he de salir en un coche con un tipo más alto que
King-Kong.
Ignoro el rumbo que llevaremos. ¿Qué me dices de los muchachos que has pedido a Hunter?

—Han salido de San Francisco en avión y llegarán de un momento a otro. Hunter opina que no debes arriesgarte demasiado. Esos tipos pegarán tiros si se ven en peligro.

—Yo en tu lugar, Harris, estaría con cualquiera de los que nos envían cerca del garaje.

—Así lo haré.

—Pero, por lo que más quieras, procura que no se dé cuenta mi acompañante. Bueno, viejo, cuelgo ya. Hasta la vista.

Gary salió de la cabina telefónica, bebió un *whisky* ante el mostrador del bar en que había entrado para llamar y, luego, ganó la calle.

Poco antes de las dos entraba en el Garaje Internacional, donde Bill Sullivan lo esperaba junto al coche.

—Pensé que ya no venías —gruñó el gigante.

—Me entretuve bebiendo con un amigo, pero no te preocupes; no ha sido demasiado. ¿A dónde vamos?

—Ya lo sabrás. Sube.

Gary se puso al volante y esta vez Bill se colocó en el asiento trasero.

—Ponlo en marcha, Charles, y cuando salgas enfílalo hacia el Sudoeste.

El agente obedeció y cuando se encontró en la calle miró de reojo por la ventanilla y el espejo retrovisor, sin que descubriese ningún coche apostado en las cercanías.

Cuando salieron de la ciudad, Sullivan dijo:

—Vamos a Los Robles. Ya conoces el camino.

Maughan se estremeció. No conocía el camino de Los Robles. Lo que en un momento le sirvió de salvación ahora se volvía contra él. Su cabeza trabajó aprisa. Recordó que Jean Harris le había hablado de que Los Robles se encontraba en la costa. Ello unido a que

Sullivan le había indicado la dirección Sudoeste, decidióle a proseguir hacia adelante y esperar que la Providencia le deparase la forma de salir airoso de aquella prueba.

Fueron transcurriendo los minutos y dejando atrás Huntington Park, Compton, Long Beach, Costa Mesa. Gary observaba atentamente cuántos carteles indicadores se cruzaban en el camino.

De vez en cuando echaba también una ojeada al espejo retrovisor. Ningún coche los seguía. Wells había fallado. ¿Es que al fin tendrían razón quienes le declararon el vacío, considerándole un cobarde?

De pronto los faros alumbraron un pedazo de madera con dos palabras pintadas: Los Robles. Tuvo el tiempo justo para girar rápidamente y meter el coche por una pequeña carretera asfaltada. Tres millas más adelante, llegaron ante un chalet que el
«G-man»
identificó como aquél de que le había hablado Jean. Fue a pasar intencionadamente de largo, cuando Sullivan le ordenó:

—Entra en esa casa, Charles.

Hubo de retroceder unas yardas para enderezar el vehículo y ponerlo de cara a las puertas abiertas del chalet. Poco después se detenía ante una terraza iluminada. Un hombre bajó una escalera para darles la bienvenida. Gary lo reconoció como el de los pómulos salientes.

—¿Han llegado los demás, Tully? —preguntó Sullivan.

El otro miró escrutadoramente a Maughan y repuso:

—Sólo falta uno, pero debe aparecer pronto. Vamos arriba. Nos están esperando.

Sullivan y Gary subieron seguidos de Tully. Había un guardián a la puerta, Un hombre de traje negro y mirada sombría que leía, apoyado en la pared, un periódico sensacionalista. Al oír ruido de pasos dejó la lectura y observó fijamente a los que se acercaban. Hizo un gesto de aquiescencia con la cabeza y les franqueó la entrada.

Tras cruzar el vestíbulo, llegaron a un salón iluminado brillantemente por una espléndida lámpara central. Media docena de hombres se distribuían por la estancia.

Bruno Colleano dejaba correr las manos por el teclado de un piano, desgranando las notas de lo que parecía una composición

funeraria. De pronto giré la cabeza y, al ver a los recién llegados, sonrió.

—Hola, Charles. Estaba temiendo que no asistieses a la fiestecita.

Gary le correspondió con otra sonrisa.

—Yo no me pierdo ninguna fiesta a la que se me invite. Me gusta combinar la diversión con el trabajo.

—Estupendo, chico. Esta juerga va a ser histórica.

Maughan dirigió una mirada inquisitiva a su alrededor y frunció el ceño.

—¿Una juerga sin mujeres? Eso sí que está mal.

Colleano lanzó una estridente carcajada.

—¿Habéis oído, muchachos? Charles lamenta que no haya mujeres. ¿Qué decís vosotros?

Tully preguntó:

—¿Cómo las quieres, Charles? ¿Morenas o pelirrojas?

—Siempre he preferido las rubias —contestó el agente—. Hacen juego con el color de mis corbatas.

—Tendrás donde elegir —indicó Colleano—. Pero esperaremos a que venga el último invitado. ¿Qué te parece si bebes un trago, entretanto?

Un hombre rechoncho ofreció a Gary un vaso con ginebra.

Bruno continuó interpretando el réquiem. Al cabo de unos minutos se oyó el ruido de unos frenos en el exterior.

Varias cabezas se volvieron hacia la puerta, pero ninguna de ellas fue la de Gary, más entretenido en observar el lujo extraordinario con que estaba decorado y amueblado el salón.

—¿Es tuya esta casa, Bruno? —preguntó.

—No —respondió el otro— mis negocios marchan bien, pero las carreras de caballos se lo llevan casi todo. Tengo una buena cuadra y estoy empeñado en llevarme algún día el Derby de Santa Anita.

En ese instante, Tully dijo, volviéndose hacía la entrada:

—Bueno, ya está aquí Lex Harris.

# CAPÍTULO XII

Gary se volvió lentamente clavando sus ojos en la figura que se aproximaba. El hermano de Jean.

El agente cambió de mano el vaso para tener libre la derecha. Todo estaba perdido. Ahora sería desenmascarado. Habría de sacar la pistola más rápidamente que nadie.

Lex se detuvo ante él. En la estancia se hizo un impresionante silencio.

—¿Cómo estás, Charles? —preguntó, Harris, de pronto, tendiéndole la mano.

Maughan se la estrechó, contestando con voz algo ronca:

—Muy bien, Lex. Celebro que tú también salieras de aquella ratonera.

Bruno Colleano soltó una nueva risotada.

—¡No me lo habría perdido por nada del mundo! —exclamó, poniéndose en pie y acercándose a los dos jóvenes.

—¿Qué es lo que no te habrías perdido? —inquirió Gary.

—Vuestro encuentro. ¿Y sabéis por qué? —Bruno hizo una pausa, explicando inmediatamente—: Porque esos imbéciles de Sullivan y Tully me metieron en la sesera la idea de que no os conocíais, de que la carta de recomendación de Lex era falsa…

—Sullivan y Tully poseen una extraña imaginación… —comentó, irónicamente, Maughan.

—Es lo que digo yo. Cualquier día de éstos me voy a cansar de sus idioteces y entonces lo pasarán mal…

Tully rezongó:

—Todavía no estoy convencido. Puede que estén de acuerdo…

—¿Qué tienes que decir de mí? —le desafió Gary—. He cumplido como cualquier otro mi trabajo. Me jugué el tipo la primera noche que me puse al volante, sin saber en qué clase de juego andaba metido. Me habría gustado verte en mi pellejo…

Tully compuso una mueca de sarcasmo.

—No oliste la pólvora. Te limitaste a huir. Quizá eso lo hagas bien, pero los hombres luchan…

—¡Cállate, George! —ordenóle Colleano—. ¡No acabes con mi paciencia…!

Tully agachó la cabeza mirándose tristemente los zapatos, como un perro al que acaban de dar un puntapié.

Bruno se apretó la nariz con la mano derecha y miró con ojos gachos a Lex.

—Hay otra cuestión más importante que he de aclarar ahora mismo —declaró.

El hermano de Jean dio instintivamente un paso atrás.

—Supongo que te referirás a las mujeres de la fiesta —dijo Maughan—. ¿Cuándo demonios van a llegar?

—¡Cierra la boca y acostúmbrate a abrirla cuando pidan tu opinión! —chilló Bruno.

El agente asintió con la cabeza, resistiendo los deseos que sentía de saltar sobre el cabecilla de los pandilleros.

Lex cogió el vaso de ginebra que Gary le alargó y bebió un trago.

De pronto, Colleano, que se había acercado al muchacho, le hizo saltar el vaso de un manotazo.

El recipiente se estrelló en el suelo haciéndose añicos y derramando su contenido sobre la alfombra que cubría el piso.

—¿Quién te ha autorizado a beber? —rugió Bruno.

—Le he dado yo mi vaso —repuso Gary—. ¿Es algún delito?

—¡Lo es porque soy yo quien dicta aquí su propia ley! —exclamó Colleano con los ojos desorbitados—. ¡Tully!

—¿Qué hay? —preguntó el aludido.

—¡Te autorizo a pegarle un balazo en la barriga a Charles si vuelve a entrometerse…!

—Será un verdadero placer, jefe.

Pasados unos segundos, Bruno volvió a enfrentarse con Harris, quien había palidecido visiblemente.

—¿Por qué robaste aquellos diez dólares en Chicago, Lex?

El muchacho se estremeció.

—¡Contesta! —le ordenó, desabridamente, Colleano.

—Yo iba por la calle paseando. Fue después que cumplí la

misión que me fue encomendada. Tropecé en mi camino con un establecimiento de comestibles. No vi a ningún cliente dentro. Sólo estaba el dueño, un hombre con anteojos de gruesos cristales… Todo parecía sencillo. No tenía más que entrar y acercarme a él. En un momento en que estuviera distraído yo sacaría la cachiporra y le daría un golpe en la cabeza… Luego escaparía con la recaudación del día…

—Te dimos dinero suficiente para el viaje. ¿Es que lo perdiste?

—Jugué una partida de dados con el encargado del hotel y me limpió… ¡Repito que lo vi fácil…!

—¡No te envié a Chicago a robar una tienda de comestibles, idiota!… Pero cuenta… ¿Qué es lo que pasó?

—Penetré en el interior y lo hice como había pensado. Pedí una lata de conservas al dueño y cuando se volvió para cogerla, lo fulminé de un golpe. Me acerqué a la caja y…

—¡Sólo encontraste telarañas!

—Diez dólares.

—¡Maravilloso!… ¡Diez dólares! ¡Toda una fortuna!… ¿Lo habéis oído, muchachos?… Lex Harris, el nuevo Dillinger, pegando un asalto y llevándose la fabulosa cifra de diez dólares…

Un coro de carcajadas, en el que sólo faltó la de Gary, acogió las crueles palabras de Bruno.

—Está bien, muchacho. Termina tu historia.

Lex se mordió el labio inferior, rumiando angustiosamente la humillación de que era objeto.

—Cuando me disponía a salir entró un policía y antes de que pudiera hacer algo por librarme de él, me apuntó con la pistola y me detuvo. Fue cosa de mula suerte. Me había cerciorado de que no había ningún agente por los alrededores.

—¡Qué gran contrariedad! El héroe atrapado al comienzo de la película. ¿Por qué no ofreces el argumento a los de la televisión?… ¡Es terriblemente original!

Bruno, al terminar su comentario, descargó un puñetazo en la mandíbula del muchacho, el cual fue impulsado vertiginosamente hacia atrás, dando con sus huesos en el suelo, unas yardas más allá del punto de partida.

Gary observó que Tully tenía la mano escondida bajo la chaqueta, dispuesto a sacar la pistola si él intervenía, tal como

Colleano le había autorizado a hacer.

Lex se incorporó, restañando con la mano la sangre que le corría por la comisura de los labios.

—¡Es lo que os pasa a los niñitos como tú! —exclamó Bruno con un gesto despreciativo—. En cuanto se les da un poco de alas, se creen que pueden remontar el vuelo y subir tan alto como águilas… ¡y no os dais cuenta de que no sois más que unos estúpidos pajarillos!… ¿Qué has ganado con eso?… ¡Di, Harris!

—Lo siento.

—¿Lo sientes? ¡Debería abrirte el cráneo para ver lo que tienes dentro! —Bruno gesticulaba y accionaba como buen descendiente de italianos—. ¿Sabes lo que has adelantado?

—Al fin y al cabo, soy yo quien se ha tirado tres semanas en la cárcel…

—¿Tú, verdad?… ¿Qué querías? ¿Qué te hubiésemos sustituido alguno de nosotros? Quizá llegaste a pensarlo, ¿eh?…

—Sólo creí que me sacarías de la cárcel enseguida.

—¡Claro que pude hacerlo!… ¡Pero no lo hice hasta ayer!… ¡Has arruinado tu carrera, muchacho! Por eso te dejé allí. Para que recibieses el castigo que merecías.

—Todos vosotros habéis cumplido varias condenad y hasta es posible que hayas pasado más tiempo dentro que fuera de la cárcel. ¿Qué importancia ha tenido ello para que prosigáis vuestra carrera?

—Lo tuyo es distinto. Necesitábamos gente sin fichar por la policía. ¿Lo entiendes?… Pensé que ibas a ser un gran hombre, que podía tener confianza en ti. Eras mi favorito, te preferí a todos los demás… y tú lo has echado a perder todo… ¡por diez inmundos, cochinos y asquerosos dólares!

—Chicago no es todo el país.

—No, no lo es, pero el que está fichado en Chicago lo está en el resto de la nación. ¡Es como si te hubieran marcado con un hierro candente!… ¡Igual que a una res! ¡La ficha te perseguirá allá donde vayas!

En aquel instante apareció en la sala Chiquita Gómez.

Gary la vio más hermosa y deseable que el primer día que la conoció, comprendiendo por qué el hermano de Jean había sucumbido a sus encantos.

—Hola, chicos —saludó la hembra con una sonrisa—. ¿Qué son

esas caras? Se diría que estáis en un funeral.

De pronto se dio cuenta de la presencia de Harris y enmudeció, atirantando los músculos del rostro.

El joven fijó sus ojos en los de ella.

—¿Cómo te ha ido, Chiquita?

—No me puedo quejar —contestó y se dirigió a un sillón, donde se dejó caer.

—¿Traes noticias? —preguntóle Bruno.

—El barco ha llegado al punto señalado —repuso la morena—. Habéis de llevar la mercancía antes de que amanezca.

—¡Ya lo habéis oído, muchachos! —exclamó Colleano—. Hay que trabajar aprisa. ¡Manos a la obra!

Los *gangsters* se movieron hacia una puerta del fondo.

—¿No echabas de menos las mujeres? —interrogó Bruno a Gary —. ¡Pues ven conmigo y verás unas cuantas! ¡Quédate aquí, Tully! Es mejor que vigiles a Harris por si se pone nervioso…

Maughan siguió a Colleano.

Descendieron por una escalera bien iluminada y llegaron al sótano de la casa. Después de cruzar un largo corredor, Bruno abrió una puerta y pasaron a un amplio dormitorio que albergaba dos docenas de camas. En cada una de éstas había una mujer acostada. Al parecer dormían, pues se encontraban en actitud de reposo.

Sullivan y los restantes hombres se habían distribuido por la habitación y esperaban una orden de su jefe. Éste preguntó a Gary:

—¿Qué te parece, Charles?

—¿Se trata de un hospital? Huele a farmacia.

Colleano sonrió alegremente.

—No; no es un hospital. Lo que tu olfato ha absorbido es el aroma de los estupefacientes que estas mujeres han ingerido.

—¿Para qué?

—Es un truco especial para convencerlas de que se dirigen al paraíso. Queremos que vayan alegres al encuentro de su destino.

Gary sintió aumentar el ritmo de su corazón. Al fin daba con lo que le había llevado a Los Ángeles. Ya existía un motivo para que aquellos desalmados fuesen juzgados. Estaban perpetrando un delito contra la ley federal, cuya persecución correspondía al F.B.I. La trata de blancas.

## CAPÍTULO XIII

—¿Cómo conseguisteis traerlas aquí? —inquirió el agente.

—Tenemos una brigada especial que realiza el trabajo —contestó Bruno con una sonrisa—. El secreto del éxito de todo negocio consiste en una buena organización. ¿Sabes una cosa? Hemos tenido en cuenta para organizar el nuestro las grandes empresas de nuestro país. Fíjate en la «General Motors» o en la «Standard Oil Company»... ¿Por qué son firmas poderosas? No, no me contestes que lo deben todo al dinero... Hay otras muchas que cuentan con un gran capital al constituirse y se van al traste por carecer de eso, de organización.

—No acabo de comprender —murmuró Maughan, dubitativo, para que el otro prosiguiese.

—Je, je... Es sencillo, muchacho. Hemos aplicado a nuestro *gang* el principio de la división del trabajo. ¿No tiene gracia? —Bruno soltó una risotada—. Estamos divididos en grupos y cada grupo tiene asignado un cometido especial. Por ejemplo, fíjate en lo de estas mujeres... ¿Dónde hemos de buscarlas? La respuesta es simple. Donde sean fáciles de moldear. En «*music-halls*», salas de bailes en que trabajan a base de *tickets* y otros lugares donde se reúnan muchachas que hayan visto fracasadas sus ambiciones artísticas... Es el mejor campo para cazarlas... La comparación es exacta porque tenemos nuestro grupo de cazadores. Muchachos de buena fachada, con tipos de galán de cine, por los que se pirran la mayoría de las mujeres en cuanto ellos las miran... No, no busques ninguno en esta sala. Sullivan y los demás no harían suspirar ni a una viuda de cuarenta años...

Lanzó una carcajada bamboleándose de arriba a abajo.

—¿Te das cuenta qué sencillo es, Charles? Nuestros galanes las enamoran y poco a poco van tirando del anzuelo para atraerlas. Lo demás lo hace la cocaína. ¿No son dos fuerzas irresistibles? Un

chico guapo y los estupefacientes. Hay pocas mujeres que se echen atrás una vez ha empezado el tratamiento… ¡Demonios! Después de todo, a casi todas ellas les hacemos un favor. Les brindamos un magnífico porvenir en Sudamérica. Allí hay muchos países que están progresando a Un ritmo acelerado. Hemos sabido que alguna de las fulanas que formaban parte de nuestras expediciones han labrado su fortuna casándose con tipos que no saben qué hacer con el dinero…

—Se está haciendo tarde, Bruno —advirtió Bill Sullivan.

—Sí, es cierto. ¡Vamos! Levantadlas ya y que preparen sus cosas…

Los pandilleros fueron despertando a las mujeres, muchas de las cuales habían de ser zarandeadas una y otra vez.

Sólo se oyó alguna leve protesta. Eran seres que, al menos durante unas horas, carecían de voluntad, bajo la influencia del narcótico.

Se vistieron rápidamente y prepararon las maletas en silencio.

—¡Salid por la puerta de la derecha, chicas! —ordenó Sullivan.

A una se le ocurrió preguntar:

—¿Es que ni siquiera nos vais a dejar que nos peinemos?

—¡Ya tendrás tiempo de hacerlo luego!

La edad de todas ellas oscilaba entre los dieciocho y los veinticinco años.

Gary sentía una sorda indignación en lo más profundo de su ser. Había de hacer un gran esfuerzo para serenarse.

Las había morenas, rubias, pelirrojas y con el cabello castaño. Mujeres de cuerpos juveniles, esbeltos, se encogían ahora bajo los efectos del despertar que sigue a la toma de narcóticos.

La operación de desalojar el amplio dormitorio se llevó a efecto rápidamente, bajo la vigilancia de los pandilleros.

Cruzaron un pasillo muy largo que desembocaba en una terraza, bajo el cielo entoldado de estrellas y el mugiente mar de abajo.

Unos cuantos faroles iluminaban la escena y Gary se pudo dar cuenta de que se encontraban en una pequeña bahía perfectamente defendida a ojos extraños. Cualquiera que quisiese investigar lo que allí ocurría habría de disponer su puesto de observación enfrente, en el mismo mar.

Por una escalera que nacía en la terraza se llegaba a un pequeño

embarcadero, en donde refulgían las partes metálicas de una gran lancha motora de ampuloso vientre.

Bruno cogió del brazo a Maughan y con la otra mano indicó una luz que se vislumbraba sobre la superficie del océano, a unas dos millas de la costa.

—Míralo allí. Es el «Electra». Tendrías que conocer a su capitán. Un tipo de los que ya no hay. Ganó una fortuna hace diez años con el tráfico de esclavos en el Mar Rojo, pero tuvo un tropiezo. Los ingleses le echaron el guante y estuvo a punto de perder la cabeza.

—¿En qué puertos toca?

—Eso tampoco yo lo sé. —Bruno sacó un sobre lacrado del bolsillo, explicando—: Éstas son las instrucciones. El capitán Nogan es el único que está autorizado para saber el destino del cargamento…

Gary hizo un gesto de sorpresa, procurando darle la mayor realidad posible.

—¡Ésa sí que es buena! Había pensado que eras el amo de este negocio.

Colleano rió fuerte.

—¿Yo? Nada de eso, muchacho. Soy un simple colaborador. Una pieza del engranaje. ¿No te he dicho antes que esto es como una gran empresa? ¿No tienen todas un consejo de administración?

—No me irás a decir que también emitís acciones.

Bruno se quedó pensativo unos instantes y exclamó de pronto:

—¡Es bueno eso, Charles!… ¡«Crimen, S. A.»! ¿Cómo no se me ha ocurrido a mí? ¿Sabes que eres un tipo con inteligencia?

Las mujeres habían entrado ya en la embarcación.

Bill Sullivan se acercó a Bruno, solicitando:

—El sobre, jefe.

Colleano le entregó las instrucciones para el capitán Nogan. Poco después, el motor de la lancha empezó a ronronear, e inmediatamente esta puso proa al lugar en donde brillaban las luces de posición del buque.

—Esto ha terminado —comentó Bruno, dando un suspiro—. Se vuelve uno sentimental en este oficio. ¿No es romántico ver cómo se alejan esas mujeres bajo la luz de la luna?

Gary no hizo ningún comentario a la cínica declaración, y siguió a Bruno a la casa.

Volvieron al salón donde se encontraban Chiquita, Lex y Tully.

El hermano de Jean se sentaba en el borde de un sillón y movía los dedos nervosamente.

Colleano se preparó un *whisky* que bebió de un solo trago, lanzando después un bufido. Todos lo miraban.

Tully preguntó:

—¿Me lo llevo ya?

Lex se levantó de un salto.

—¿Te refieres a mí?

—¿A quién, si no?

Los ojos del muchacho se fijaron en el rostro de Bruno, contemplando en él una expresión de crueldad.

—¿Qué es lo que pretende, jefe?

El interrogado sonrió, contestando:

—Hemos votado sobre lo qué podríamos hacer de ti, Lex. ¿Te das cuenta? Es algo parecido a lo que se hace en los juicios con jurado. ¿Y sabes cuál ha sido el veredicto?… ¡de culpabilidad!… Fue una lástima. Se adoptó el fallo por un solo voto de diferencia. Exactamente cuatro contra tres.

—¿De qué soy culpable? —inquirió Lex, roncamente.

—De haber traicionado a tu juramento. —Colleano se escanció más *whisky* en el vaso—. ¿Es que no lo recuerdas? Tus actos se debían limitar a cuánto redundase en beneficio de los pachucos. ¡Y tú has obrado por cuenta propia! Por eso has sido condenado.

Lex dio un paso atrás, notando de repente que su garganta estaba seca.

—¿Qué clase… de castigo… me vais a imponer?

—Tully te lo dirá.

Los labios de Tully se contrajeron en un rictus. Quería ser una sonrisa, pero le salió una expresión infrahumana.

—¡No! —exclamó Lex con los ojos desorbitados—. ¡No podéis matarme por una cosa así!… ¡Es cierto! ¡Cometí una falta!… ¡Pero no es tan importante como para que queráis eliminarme!… ¡He sido fiel! ¡He sido un buen compañero con todos!

Sus ojos iban de la cara de Colleano a la de Tully, que eran ahora como dos máscaras de carnaval, inexpresivas. Gary se encontraba en un segundo término, detrás de Lex.

El muchacho giró de pronto hacia Chiquita, que continuaba

sentada cómodamente en un sillón, ingiriendo a pequeñas dosis el contenido de su vaso.

—¿Qué dices tú, Chiquita?

La hembra levantó la mirada, depositándola en el aterrorizado rostro de Harris.

—No tengo nada que ver con eso —murmuraron los labios rojos.

—¡Repítelo!

—Siempre he pensado que no eras más que un chiquillo, Lex. Has debido comprender hace tiempo que no eres mi tipo. Me gustan los de otra clase de madera.

El pecho de Harris se agitaba como impulsado por un furioso vendaval.

—¡Te voy a…!

Avanzó loco de furia hacia la muchacha, pero una voz seca, la de Gary, lo detuvo.

—¡Quieto, Lex, o te achicharro!

El hermano de Jean se detuvo viendo que el agente del F.B.I., le apuntaba al pecho con una pistola.

## CAPÍTULO XIV

Un silencio, pesado como una losa, cayó sobre la estancia. Transcurrió un largo minuto antes de que Colleano lo rompiese, advirtiendo:

—Cuidado, Charles. Aquí no se hacen esas cosas. Maughan repuso, sin dejar de observar a Lex:

—Te equivocas, Bruno. He sacado la pistola porque no quería ver deteriorado el físico de Chiquita. Tú has dicho que el asunto de Harris lo habéis resuelto por el sistema de votación por jurado, pero te has olvidado de algo importante.

—¿De qué?

—Yo soy un miembro de la organización, ¿no es eso? y todavía no he votado.

Colleano empezó a reír suavemente y, cuando terminó, dijo:

—Es posible que tengas razón. Uno no puede estar en todo —miró el arma que esgrimía Maughan y añadió—: Bueno, ya puedes votar. ¿En qué sentido lo haces?

—Lex es inocente.

Una pausa mucho más prolongada que las que había habido con anterioridad rubricó el instante.

Tully empezó a mover la mano derecha, pero Gary se apercibió y le previno:

—Mueve tus dedos unas pulgadas más y no lo cuentas, compadre.

Tully pareció convertirse súbitamente en una estatua. El miedo debió de cortarle hasta el resuello.

Bruno distendió una vez más los labios, alborozadamente, para retrucar:

—¿Qué demonios pasa aquí? ¿Es que vais a pelear por una cosa de tan poca monta? Estás en lo cierto, Cook. Has nivelado la balanza que había de decidir la suerte de Lex. Ahora hay un

empate. Cuatro a favor y otros cuatro en contra.

—En ese caso falta otro voto —intervino Tully—. El de Chiquita.

—También es verdad —convino Bruno—. No existe ningún impedimento para que una mujer forme parte de nuestro jurado. ¿Por qué bando te inclinas, Chiquita?

La mejicana depositó su mirada en el sudoroso rostro de Lex, quien a su vez fijaba sus ojos en ella con un brillo de esperanza:

—Yo voto en contra —declaró con voz firme.

—¡El reo ha sido declarado culpable! —exclamó sentenciosamente Tully, sin disimular su regocijo.

Lex apretó rabiosamente los dientes sin dejar de mirar a la hembra.

—¡Serpiente cascabel…!

—¡Ya lo has oído! —barbotó Colleano—. Has sido condenado. Son gajes del oficio. Lo importante en esta vida es saber perder. ¿No te parece, Charles?

Maughan pensó que la situación había hecho crisis. No podría continuar allí mucho tiempo manteniendo a raya con la pistola a los *gangsters*. ¿Qué hacía? Como él había dicho en otra oportunidad, la fruta no estaba madura. Una precipitación echaría a perder todo lo que hasta allí había conseguido. Su trabajo estaba a punto de rendir beneficios.

—Ya está bien, Charles —dijo Bruno—. Guarda la pistola. La sentencia recaída es inapelable. Lex debe saldar su cuenta.

Los ojos de Gary y Harris se encontraron. En los del segundo se reflejaba la desesperación y en los del primero la duda.

De pronto, un grito de mujer llegó procedente del exterior de la casa. A los pocos instantes, el guardián que había a la entrada compareció llevando del brazo a Jean Harris.

—¡Suélteme!… ¡Le digo que me suelte! —suplicaba ella.

—¿Qué es lo que ocurre, Ducty? —preguntó Bruno. Y al reconocer a la hermana de Lex, exclamó—: ¡Si es mi linda ovejita!

—Oí un ruido y fui a dar una vuelta —explicó Ducty—. Me la encontré cerca de la entrada. Estaba espiando.

—Bien, bien, bien —repitió, sonriente, Colleano—, es una bonita reunión. ¿Qué quieres, muchacha?

—He venido por mi hermano.

—Otras veces antes de ahora lo has intentado y la última te

advertí que lo dejases en paz, preciosa.

—No tiene usted ningún derecho a hablarme así.

—¿No? ¿Y quién lo va a impedir?

Lex medió en el diálogo.

—Márchate, Jean. No tienes nada que ver con lo que se ventila aquí.

En la voz de la joven hubo ahora un tono de reto y decisión.

—Me iré cuando tú salgas, Lex.

El rostro de Colleano fue palideciendo poco a poco.

—¿Es que me quieres complicar la vida, Jean?… ¡Lárgate ahora que puedes, o de lo contrario te haré la piel a tiras!

En aquel instante aparecieron por la puerta del fondo Bill Sullivan y los otros hombres que habían llevado las mujeres al barco.

Entonces, Gary comprendió que había dejado pasar su oportunidad. Sin pedírselo nadie, se guardó la pistola en el bolsillo exterior de la chaqueta. Por segunda vez aquella noche se lamentó de la ausencia de Wells. Con lo sencillo que hubiera resultado a Harry seguirle en un coche hasta aquella madriguera.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Sullivan.

—Una petición de mano —contestó Maughan, iniciando un esfuerzo para prolongar en lo posible la reunión.

—¿Sí? Pues tendréis que aplazarla. Los muchachos ya están abajo, Bruno.

El aludido se subió el nudo de la corbata, diciendo:

—De acuerdo. Despacharemos a ellos primero. ¿Vienes, Charles?

El agente vaciló unos segundos. No sabía si la invitación era una treta de Colleano para sacarlo de la habitación. Empero, decidió correr el albur confiando en que la suerte le acompañase.

Bruno, Gary, Sullivan y otros dos hombres descendieron al sótano, pero esta vez no entraron en el departamento de las mujeres, sino que cruzaron el umbral de otra puerta que daba a una estancia semejante en dimensiones a aquélla en que habían pasado la última noche las mujeres víctimas del *gang*.

Este otro salón estaba destinado a las reuniones, por cuanto había un estrado junto a una pared y enfrente seis hileras de sillas.

Una veintena de muchachos que no pasarían de los dieciocho años de edad, se levantaron cuando Bruno apareció con los que le

acompañaban.

Colleano, Gary y Bill se sentaron en las sillas de arriba, e inmediatamente lo hicieron los jóvenes en las de abajo. Los otros dos pandilleros se quedaron de pie junto a la puerta.

Entonces, Maughan descubrió lo que con tanto afán había perseguido. Alguno de los muchachos tenía la mano abierta mostrando sin recato el tatuaje de una pequeña cruz azul en el punto de unión del índice y el pulgar.

—Bien, compañeros —empezó a hablar Colleano—. Os habéis portado muy bien durante la última semana, batiendo el récord de operaciones realizadas. Debéis saber que estamos orgullosos de vosotros y que en la próxima reunión con las altas jerarquías de la organización propondré algunos nombres vuestros para los correspondientes ascensos.

Los rostros de los jóvenes a quienes iban dirigidas estas palabras, sonrieron satisfechos.

Bruno prosiguió:

—Desde luego es necesario que os superéis en rendimiento… —consultó un papel que sacó del bolsillo, manifestando—: La próxima semana se os requerirá para realizar ciertas operaciones de envergadura. Me imaginé que vuestra actuación como intermediarios o simples mensajeros no estaba muy de acuerdo con vuestros deseos de hacer algo más grande y me propuse satisfaceros. Los pachucos van a dar el primer golpe sonado desde su nueva constitución.

Murmullos aprobatorios salieron del rebaño que se apiñaba frente al estrado presidencial.

—Se trata de algo que dará celebridad a aquellos de vosotros que tengan la suerte de ser elegidos para llevarlo a cabo.

Una gran expectación acogió el largo preámbulo del orador.

—Naturalmente, no puedo precisar con detalles de qué se trata. Esto queda para los que en el momento decisivo deban asumir la responsabilidad de la realización. Pero he querido adelantaros la noticia para demostraros la confianza que nos merecéis, y yo espero continuéis conservando.

Colleano hizo una pausa y cogió un bloc de notas que Sullivan le alargaba.

—Ahora vamos a hacer las liquidaciones de la semana —abrió el

bloc y, tras consultar una hoja, llamó—: ¡Ben Cooper!… ¡Acércate!

Un joven de cabello corto y nariz afilada se acercó a la mesa.

—Tres servicios de intermediario a veinte dólares el servicio hacen un total de sesenta dólares —anunció Bruno.

Sacó la cartera de la que extrajo un grueso fajo de billetes que dejó a un lado, guardando aquélla.

Cooper recogió los sesenta dólares que su jefe le alargaba, dio las gracias con una amplia sonrisa y volvió a la silla.

Cada uno de los otros muchachos fue pasando ante Colleano y recibiendo el dinero con arreglo al número de servicios prestados.

Gary sintió náuseas por la vil explotación a qué estaban sometidos los chiquillos. En la edad que se encontraban eran fácil presa para los desaprensivos malhechores. Un montón de dólares, la adulación más rastrera y el miedo, en otros casos, eran buenas armas para mantenerlos dentro de la abyecta organización.

—Podéis marcharos —indicó Bruno—. Os haré llegar las instrucciones en la forma acostumbrada.

Los muchachos se retiraron por una puerta lateral, y al poco rato de salir el último, Colleano hizo una señal a Sullivan y éste, tras abandonar el salón unos segundos, regresó seguido de otro grupo de jóvenes esta vez chicos y chicas, que ocuparon las sillas.

—Nuestra brigada de choque —sonrió, jactanciosamente Bruno, mirando a Gary.

—¿Qué es lo que hacen?

—Se van entrenando con pequeños robos para adquirir eficiencia. Lex Harris pertenecía a ella.

Le dio cierto tono de condolencia a sus últimas palabras, como si se estuviese refiriendo a un hombre muerto.

Maughan frunció el entrecejo, oponiendo:

—¿No crees que estas reuniones pueden resultar peligrosas, Bruno?

—¿Por qué?

—Son demasiada gente. Alguno de ellos puede suscitar sospechas de la policía y ser seguido hasta aquí.

El bandido rió como siempre, haciendo estremecer sus adiposidades.

—Lo tenemos todo previsto —repuso—. Cuando celebramos estas reuniones ponemos en funcionamiento algunas caulas

fotoeléctricas en los puntos de acceso a la casa. No puede fallar. Tenemos arriba un registro de control vigilado por un hombre. En cuanto descubra la señal de que alguien ha cruzado la barrera, nos pone sobre aviso con un sistema de timbres. Existe un subterráneo que va a dar a otra casa. Es bueno para el caso de un inminente peligro que requiera el desalojamiento inmediato, aun cuando podríamos decidir que la reunión continuase haciéndola pasar por una sesión de la Asociación de Amantes de la Paz, que es a quién pertenece el chalet…

Seguidamente se dirigió al auditorio, exaltando el valor que todos los que lo componían habían puesto de manifiesto en sus últimas actuaciones. Fue entregando a cada uno una cantidad en efectivo, igual que a los del grupo que le había precedido en la sala, y por último los despidió, previa advertencia de que era muy posible que en la semana siguiente algunos de ellos fuesen requeridos para prestar un servicio especial.

Gary observó, como antes, alguna que otra crucecita azul en la articulación del pulgar.

Terminado el acto, Bruno indicó al agente que volvían arriba.

En el salón, cuando regresaron a él, todo era silencio.

Chiquita había encendido otro cigarrillo y parecía dispuesta a acabar con la provisión de *whisky*, Jean estaba de pie, con los brazos cruzados, mostrando en el rostro la preocupación del instante. Su hermano se había sentado y era vigilado por Tully, el cual mordisqueaba un mondadientes haciéndole correr de un extremo a otro de la boca.

—Bien —dijo Bruno—. Esto lo vamos a acabar ahora. He estado pensando que podemos dejarte ir con tu hermana, Lex.

Tanto Jean como el condenado por la banda miraron con sorpresa a quién así se expresaba.

—¿Veis como soy un buen hombre, muchachos? Bruno Colleano tiene un corazón así de grande —aquí separó las manos para indicar un tamaño que sólo hubiera ido bien para la víscera de un diplodocus.

Gary se percató de la nueva trampa. Jean y Lex jamás volverían a Los Ángeles. Serían muertos antes de que pudieran llegar a la ciudad. Lo único que pretendía Bruno con su nueva medida era evitar escenas trágicas allí mismo, o acaso su actitud obedeciese a

un sádico refinamiento.

Lex también se resistía a creerlo, como lo acreditaba la mirada dubitativa que dirigía a Colleano.

—¿Qué dices, muchacho? —inquirió éste.

—¿Nos vas a dejar marchar?

—¿Es que no lo has oído? Tú y tu hermana estáis libres. Sólo tenéis que olvidar cuánto os ha relacionado con nosotros. ¿No es justo que sea así?

El joven meneó la cabeza en sentido afirmativo. Jean acudió a su lado y, asiéndolo del brazo, la apremió:

—Vamos, Lex.

Gary sorprendió la leve sonrisa que afloraba a los labios de Tully. Otro de los delincuentes que se hallaba a su lado hizo un movimiento instintivo con el brazo, apretando la pistola que tenía bajo la axila. Eran los verdugos.

Lex y Jean empezaron a andar despacio hacia la puerta.

De pronto, Maughan advirtió:

—Me iré con vosotros, muchachos.

Colleano saltó como si le hubiese picado un escorpión.

—¡Aquí no hemos terminado todavía, Charles!

—Bueno; los llevaré en el coche a la ciudad y regresaré a tiempo de no perderme nada. No podemos permitir que tengan que volver a allá en autobús…

Echó a andar sin esperar otra réplica, y sólo giró la cabeza al encontrarse en el umbral.

Colleano había palidecido y los ojos de Tully expresaban el deseo de matar.

—Hasta dentro de unos instantes —dijo Gary. Y se unió a los hermanos Harris que ya habían llegado a la terraza.

Entraron en el coche que Gary había traído de Los Ángeles, ellos en el asiento trasero, y el agente lo puso en marcha, partiendo inmediatamente.

Cuando corrían por la estrecha carretera asfaltada, pudieron oír perfectamente el ruido de un motor a sus espaldas.

—¡Va a empezar la caza! —les previno Maughan.

—¡Sabía que ese asqueroso sapo no era capaz de un sentimiento noble! —rezongó Lex.

El

«G-man»
le devolvió la pistola que le había quitado en «El Ratón Ciego».

—No vaciles en utilizarla, muchacho. Pero no aprietes el gatillo hasta que yo te lo diga. Quizá podamos escapar, después de todo. Cuando lleguemos a la general van a tener que tirar fuerte para alcanzarnos. ¿Por qué volviste a la casa, Lex?

—Jean me dijo que usted tenía razón. Que yo era un cobarde al pretender huir de Bruno.

—Pero ésa, en realidad, no ha sido la verdadera causa. Tú mismo, al permanecer las tres semanas en la cárcel de Chicago, te diste cuenta de que ellos no te ayudaban a salir del mal paso… Quizá pensaste en que los pachucos no eran otra cosa que una organización inventada para que unos cuantos malhechores se diesen la gran vida sin dar la cara. Pensaste también en vuestro destino, el de los pachucos, siempre sería el mismo. Ir de cárcel en cárcel, de condena en condena, mientras Bruno y los demás solo se preocupaban de cubrir las vacantes con otros ingenuos…

—Sí, es cierto —contestó Lex, casi en un susurro.

—¡No se les ve! —exclamó Jean, que tenía vuelta la cabeza hacia la ventanilla de atrás.

En ese instante desembocaron en la carretera general y Gary imprimió mayor velocidad al vehículo.

—¿Qué fuiste a hacer en Chicago? —preguntó.

—Llevé una carta lacrada a un tipo llamado Sued Norton. Según deduje, se trataba de que Norton organizase los pachucos en aquella ciudad.

—Así la araña quiere ampliar sus redes…

—¡Santo cielo! —exclamó, de súbito, Lex.

—¿Qué pasa?

—¡El atajo! ¡Hay otro camino siguiendo la costa! ¡Nos estarán esperando un poco antes de llegar a Compton!

—Hemos de correr ese riesgo. Si retrocedemos, empeoraremos nuestra suerte. ¿Qué dices, tú, Jean?

—Creo que Lex y yo opinamos igual.

El muchacho respondió afirmativamente.

Gary dejó ir el coche a sesenta y cinco Poco después descubrieron a lo lejos las luces de Compton.

—¡Cuidado! —advirtió Lex—. Estamos llegando.

El agente pisó de nuevo a fondo el acelerador.

De repente, por la izquierda, surgió un tableteo y varios proyectiles picotearon la carrocería.

—¡Tira a las ruedas, Lex! —rugió Maughan, cuando estaban encima de los *gangsters*—. ¡Me desviaré hacia la derecha!… ¡Ahora!

El joven hizo fuego tres veces. Maughan eludió el choque haciendo girar el volante.

Los dos vehículos se rozaron sin tocarse. El de Tully quiso enderezarse al tiempo que una rueda trasera estallaba. La gran velocidad que lo impulsaba provocó la catástrofe. Se bamboleó siniestramente y salió de la carretera. Ya en la cuneta, volcó con mil chirridos, dando dos vueltas de campana.

## CAPÍTULO XV

Gary detuvo enseguida el coche y saltó fuera, echando a correr. Lex se le unió al instante.

Cuando se acercaban al «Ford» siniestrado, estalló el motor y las llamas hicieron presa en toda la carrocería, sin que ninguno de los pasajeros hubiese podido escapar.

—Es el final de Tully… —murmuró Gary, deteniéndose al no poder hacer nada por los que había dentro.

Un alarido monstruoso salió de la hoguera.

Algunos coches empezaron a detenerse en las inmediaciones, acudiendo sus ocupantes al lugar del accidente.

Maughan dijo a Lex que lo esperase junto a Jean, y él se dirigió a una casa que había visto a la luz de la hoguera. Los inquilinos se habían levantado al ruido que crecía fuera. Pidió permiso para telefonear y lo hizo discando el número de Harry. Estaba en su apartamento. Sólo le indicó el lugar a que debía acudir y colgó sin esperar siquiera una respuesta de conformidad.

Luego llamó a un hospital para que le enviasen una ambulancia.

Quince minutos más tarde oyó a su lado la voz de Wells:

—¡Por todos los infiernos!… ¿Qué es lo que ocurre aquí?

Gary miró a su compañero.

—¿Cómo no estuviste en el garaje a las dos?

—Hunter me lo prohibió. Dijo que ya que eras tan cabezón que no abandonabas el asunto al recibir la noticia de que Harris estaba en libertad, continuases sólo hasta el final… Pensó que mi presencia te podría acarrear más disgustos que ventajas.

Maughan recordó las células fotoeléctricas del chalet en que se encontraba la banda, y hubo de reconocer que Hunter tenía razón.

—Empecé a pensar que Joyce y los demás estaban en lo cierto, Harry —declaró.

—Por lo de Chips Riordan, ¿verdad?

—Sí.

—Joyce y los otros se equivocan. Yo no pude suponer nunca que aquello terminase así. ¿Cuándo un falsificador dispara contra la policía? Es algo inaudito. Pero, de todas formas, no pude salvarle porque me dormí en la clínica del doctor. El ataque al riñón no me dejaba andar. Hube de pedirle que me administrase morfina… Si hubiese imaginado lo que iba a pasar, habría sustituido a Chips como fuese.

—Ellos creen que tienes metido en el cuerpo el miedo desde que mataste a aquel tipo…

—Lo hice cumpliendo mi deber. ¿Por qué había de sentir temor? Hay algo que ellos han interpretado mal. Mi estado de ánimo. Mi mujer se marchó de casa hace cuatro meses… Me dijo que se iba a pasar una temporada con sus padres en Nebraska. Había estado muy enferma cuando tuvo nuestro hijo muerto. Pero Helen no se fue a Nebraska. Había otro hombre. Hace unos días recibí la citación para contestar a una demanda de divorcio…

—Lo comprendo y lo siento, Harry. Tienes que perdonarlos a ellos y a mí por haber dudado.

—Era lógico que pensaseis así. —Wells hizo una pausa, añadiendo—: ¿Cómo está ahora el asunto?

Gary señaló el ardiente coche.

—Ahí iban unos cuantos pistoleros.

—¿Te han descubierto, entonces?

—No. Todavía no. Lex Harris y su hermana han colaborado conmigo para evitarlo. Lo que ocurre es que ellos fueron condenados a muerte y yo tuve que acompañarles para tratar de evitar su ejecución.

—¿Qué hemos de hacer?

La ambulancia llegaba en aquel momento.

Los agentes del F.B.I. se retiraron unas yardas del público.

—Voy a regresar a la casa de donde he salido hace un rato, Harry. En aquel coche que tienes allí delante se hallan Lex y su hermana. Ellos saben a dónde voy. Si dentro de un par de horas no has tenido noticias mías, desencadena la batalla contra esa gentuza… Toma nota de esto. Un barco, el «Electra», al mando de un capitán llamado Nogan, recogió un cargamento de mujeres hace unas horas frente a Los Robles. Se dirige a Sudamérica. Díselo a

Hunter a efectos de la captura. Otra cosa: los pachucos se reúnen en la casa a que me refiero. Están divididos en grupos. Hay uno cuyos componentes sólo actúan de mensajeros y otro integrado por elementos de uno y otro sexo que intervienen en robos de pequeño calibre, como aprendizaje… A las mujeres víctimas de la trata les son ofrecidos estupefacientes para anular su voluntad… Bueno, eso es todo por ahora. Ya te diré más cuando nos volvamos a ver.

—Ten cuidado, Gary. Debería ir yo contigo.

—Es imposible. El chalet que les sirve de refugio está protegido con los mejores elementos técnicos.

Se dirigieron al automóvil en que se hallaban Jean y Lex. Gary presentó a Wells y, luego, dijo:

—Oye, Lex. ¿Qué me dices de Frank Rivera? Aquel que se ahorcó en el manicomio. Era amigo tuyo. Su verdadero nombre era Norman Arthur…

—¿Qué quiere saber?

—¿Cuál fue la verdadera razón que lo impulsó a matar a aquellas tres rubias?

—¿No lo explica todo el que estuviera mal de la cabeza?

—Es lo que admitió el tribunal que lo juzgó. Pero a mí no me gusta. ¿Cómo era Rivera?

—Sé le notaba algo de su trastorno. Parecía un manojo de nervios.

—¿En qué grupo de los pachucos estaba metido?

—Él tenía cierta independencia respecto a los demás. Hacía de enlace.

—¿Entre quiénes?

—Bruno Colleano y otra persona a quién no conozco.

—Gracias, Lex. Bajad del coche. Os quedaréis con mi amigo.

Jean y su hermano obedecieron, y Gary se sentó ante el volante. Cuando iba a arrancar, la joven se asomó por la ventanilla.

—Señor Maughan…

—¿Qué hay? Pero será mejor que me llame por mi nombre solamente.

—Gary… yo quería decirte… que estoy arrepentida de mis palabras…

El
«G-man»

acercó de pronto su boca a la de ella y la besó.

Jean se separó del vehículo, sonriendo.

Media hora más tarde, Gary descendía del «Ford» ante el chalet. Las puertas del jardín estaban cerradas. Pulsó un timbre.

Poco después, le abrió el guardián de antes, quien puso una cara como si estuviese viendo a un habitante de Marte.

—¿Qué tal, Drácula? —saludó Maughan. Y pasó rápidamente al otro lado.

Subió la escalera y penetró en la casa.

En el salón sólo quedaban Colleano, Chiquita y Sullivan, los cuales se sorprendieron tanto como el centinela al ver al detective.

—Ya estoy aquí —dijo el *gun-man* alegremente, deteniéndose junto a Sullivan a quién quitó el vaso de *whisky* que tenía en la mano.

Colleano fue el primero en reaccionar.

—¿Qué ha pasado, Charles?

Maughan no habló hasta haber bebido un largo trago de licor.

—¿Tenía que haber pasado algo, Bruno?

—Se me olvidó decirte un par de cosas y envié tras de ti a Tully con dos hombres para que te pusiesen al corriente…

—¡No! —exclamó Gary, abriendo más los ojos.

—¿De qué se trata?

—¡Ésa sí que es buena! Un coche volcó antes de llegar a Compton y se incendió. No pudo escapar ninguno de sus ocupantes… ¡Claro! ¡Era el sedán!

Un silencio impresionante acogió la noticia.

—Pobre Tully —murmuró Maughan, compungido—. Tan buen chico que parecía…

—¿De veras lo siente, señor Cook? —inquirió una voz a sus espaldas.

Al volverse Gary, vio salir por una puerta a Keenan Raymond y a otro hombre que no conocía. Éste frisaba en los cuarenta y cinco años y era alto, de buena planta, cabellos grises, ojos azules, nariz recta y labios cortos. Vestía traje de etiqueta. En la mano derecha centelleaban dos piedras de gran valor.

—Tully me enternecía con sus maneras —contestó.

—¿A qué fue ayer a Tucson, Cook? —preguntó el de los cabellos grises.

Chiquita Gómez dio un respingo, repitiendo:

—¿A Tucson?

—Me dejé caer por allí para visitar a mi tía Gertrudis —repuso Maughan—. Hacía mucho tiempo que no la había visto y me exponía a quedarme sin su granja…

Chiquita abrió el bolso y sacó una pequeña pistola con cachas de marfil.

—A mí no me la pegas, tipo listo…

Colleano arrugó el ceño.

—¿Qué significa todo esto?

El del traje de etiqueta contestó:

—Un amigo me comunicó desde Tucson que tu conductor había metido las narices en la comisaría.

—¡Fue a investigar lo de Nancy Lovejoy! —exclamó Chiquita—. Charles la conoció hace algunas noches en mi camerino…

—¿Por qué había de interesarle? —inquirió Bruno.

Tras un silencio, el de los brillantes anunció:

—Porque este hombre no es Charles Cook, sino Gary Maughan, agente del F.B.I.

La noticia de que había estallado una bomba atómica en Nueva York no hubiese producido más efecto en el auditorio.

—¡Es imposible! —Se atrevió a oponer Colleano.

Sullivan mostró el hocico de otra pistola, mascullando:

—Por algo a mí no me gustaba el fulano…

Chiquita se incorporó, apretando los labios.

—¡Cerdo! —Escupió—. ¡Te la has ganado!

Maughan miró a quién lo acababa de desenmascarar y dijo:

—La ha armado usted buena, señor Shore…

El aludido distendió los labios.

—¿También me conoce?

—Seguro que sí. Foster Shore, de cuarenta y siete años, soltero, presidente de la Asociación de Amantes de la Paz…

—No continúe, por favor.

—Me falta el detalle más importante.

—¿Cuál?

—Usted prefiere las rubias y no se casa con ninguna morena.

—¿Qué sabe de eso?

—Más de lo que le conviene, Shore. Naturalmente, lo que yo

tengo en la cabeza es una hipótesis, pero apuesto a que si se la cuento, le da su aprobación.

—Adelante, Maughan. Demuestre a los concurrentes que posee una inteligencia de primera serie.

—Usted enamoró a esas chicas. Tiene predilección por las de cabellos de oro. Todos los delincuentes son víctimas de una u otra manía. El criminalista Honson, de Denver, ha probado reiteradamente que los seres que pululan en el mundo criminal se dejan arrastrar por caprichos que a las personas normales y no comprendidas en ese ámbito les parecen extraños. El caso de usted servirá a Honson para convencer a los escépticos más recalcitrantes.

»Enamora a una rubia, pasa con ella, una temporada y luego la abandona. Pero algunas de esas mujeres no se conforman con su suerte y usted tiene miedo de que le complique la vida. Entonces recuerda que entre los pachucos, organización que usted ha creado para realizar el crimen en gran escala, se encuentra Norman Arthur, un tipo esquizofrénico. ¡Qué fácil le sería convencerle para que le quitase de en medio los obstáculos que usted fuese encontrando en su camino! Bajo el nombre de Frank Rivera, por si acaso surgen algunas dificultades, Arthur elimina a Lucy Arnold 1953, Mary Brown en mayo del 55 y a Dorothy Westwatter en junio siguiente… Todos los crímenes son parecidos. Un loco tiene poca inventiva. Se amarra a un procedimiento y no se desembaraza de él. La última víctima vive para indicar el nombre del asesino, el cual es cogido, no sin antes borrarse el tatuaje de la mano, fiel al juramento que en su día contrajo. Pero al verse encerrado en un manicomio, su razón termina de desbocarse y se ahorca.

—Muy interesante —comentó Shore—. ¿Y quién mató a Nancy Lovejoy? Rivera dejó de existir.

—Le apuesto mi cuello a que la asesinó Chiquita. Ella lo quiere y sería capaz de degollar a su propia abuela si tratase de interponerse entre usted y su lindo corazón.

—¡Vas a perder el cuello, aun cuando hayas acertado! —rugió la mejicana, apretando con energía la pistola que apuntaba al agente.

—Confieso que es usted sagaz —manifestó Shore—. Ha logrado sacarme de mi reducto. Yo jamás he tenido necesidad de venir aquí. He utilizado siempre uno u otro enlace. Sólo me conocían Colleano, Chiquita y Keenan. Son mis socios en todo esto. Cuando mi amigo

de Tucson me dijo que un agente del F.B.I., investigaba el caso de Nancy, me di cuenta de que algo marchaba mal. Le pedí la descripción de usted. Esta noche le pregunté a Bruno por teléfono la de Charles Cook. Usted era nuevo en la organización. Las descripciones coincidieron…

—¡Perro traidor! —exclamó Bruno.

—¡Ha sido una torpeza tuya! —Retrucóle Shore.

—Se la hubiera pegado a cualquiera con esa historia perfecta… ¡Pero ahora me las va a pagar!

El puño derecho de Bruno chocó en la mandíbula del agente del F.B.I., el cual cayó estrepitosamente hacia atrás.

Entonces ocurrió lo inaudito.

De la mano de Gary apenas se quedó inmóvil, salió una llamarada.

Bill Sullivan lanzó un gemido y dejó caer el arma que esgrimía para cogerse el estómago. Más no pudo con el peso que le habían metido dentro y se desplomó.

Chiquita hizo fuego, pero sin apuntar con seguridad. El proyectil se sepultó en la alfombra, a escasas pulgadas del pecho del policía.

Como réplica, Maughan apretó nuevamente el gatillo y la pistolita de la joven salió por el aire.

Foster Shore confió demasiado en su rapidez. Exhibió también un arma y la dirigió contra Gary. Éste, desesperadamente, hubo de meterle una bala en el corazón.

Shore murió con elegancia. Invirtió muchos segundos en componer la figura para caer sin arrugarse el traje. Pero al fin, quedó tendido, con los ojos abiertos, mirando el color rubio de la aureola que rodeaba la lámpara central.

Bruno Colleano estaba tan sorprendido por lo que allí ocurría que empezó a bambolearse riendo desaforadamente, víctima de un ataque de histerismo.

Keenan Raymond había levantado los brazos al oír el primer disparo. Él era un traficante en drogas y ni siquiera llevaba encima pistola alguna.

Chiquita se hallaba de rodillas, apoyando la mano herida en un sillón.

De repente sonaron varios disparos fuera y un minuto después irrumpieron en la estancia Harry Wells y otros policías.

—Oímos el jaleo —soltó un bufido Harry, al estar al lado de su compañero Menos mal que no te ha pasado nada… Imagínate qué hubiera pensado nuestra pandilla…

—Yo me encargaré de saltar los dientes de quien vuelva a dudar de ti.

Los supervivientes de la banda pasaron a la jurisdicción de los otros dos agentes del F.B.I., que Wells se había traído consigo.

—Hay mucho trabajo por delante —dijo Gary en voz alta—. Hemos de detener a esos muchachos… Pero quizá Colleano nos ayude a eso…

Bruno le dirigió una mirada asesina.

Maughan le metió la mano en el bolsillo y sacóle el bloc de notas. Tras pasar unas hojas encontró lo que buscaba. La relación de domicilios de los pachucos.

—¿Y el «Electra»? —preguntó a Harry.

—A estas horas ya deben de haberlo detenido.

—Bueno; parece que no ha estado mal del todo.

La voz de Jean le dijo por detrás:

—Podía estar un poco mejor…

Gary se volvió contemplándola hermosa, bella y excitante.

—¿Tú crees, ricura?

Jean hizo un mohín, moviendo la cabeza en sentido afirmativo.

Entonces Maughan se abalanzó sobre ella, la estrechó contra su pecho y besóla fuertemente en los labios.

FIN



*Un nuevo silbido y el golpe seco de la flecha al clavarse en un tronco cercano, le hicieron extremar las precauciones. Muy cerca debía hallarse el misterioso asesino a quien denominaban*

# EL ARQUERO

**Así ha titulado el notable autor**

**Tony M. Tower**

**su última y más trepidante novela**

## EL ARQUERO

**¡Un título que recordará con inusitada emoción!**

**¡En las sombras de la noche EL ARQUERO cometía impunemente sus crímenes!**

**Adquiera este apasionante relato la próxima semana, en la formidable**

COLECCION SERVICIO SECRETO

**Precio de venta: 5 ptas.**

**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

**Proyecto, 2** **BARCELONA**

# LLUVIA DE ESTRELLAS






N.º 211 De verdadero nombre, Bernard Schwartz, nació en Nueva York el 3 de junio de 1925. "El abrazo de la muerte" fué su primera película. Está casado con Janet Leigh, con la que ha hecho dos películas, "Coraza negra" y "El Gran Houdini". Foto UNIVERSAL-INTERNATIONAL

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)
Precio en España: 5 ptas .Printed in Spain Precio en la Rep. Argentina: $ 3'50

# NOTAS

[1] En Estados Unidos, «rat» se considera como el símbolo de la falsedad y de la traición. (N. del A.). < <